

BOLETÍN OFICIAL

Obispado de Lugo

Año CXLXII - Nº 2

Mayo-Agosto 2024

Edita

Obispado de Lugo

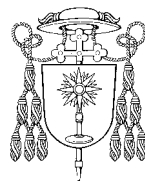
Maquetación e impresión

La Voz de la Verdad

Depósito Legal

LU 8-1958

Sumario



IGLESIA DIOCESANA

Del Sr. Obispo

- 177 | [Jubileo de los sacerdotes en el Santuario de Nuestra Señora de O Corpiño](#)
- 182 | [Xubileo dos sacerdotes no Santuario de Nosa Señora de O Corpiño](#)
- 186 | [*Allí donde nos necesitáis abrimos caminos de esperanza.*](#)
Día de la Caridad 2024
- 189 | [*Alí onde nos necesitáis abrimos camiños de esperanza.*](#)
Día da Caridade 2024
- 192 | [Coronación Pontificia de la Santísima Virgen María de O Corpiño](#)
- 196 | [Coroación Pontificia da Santísima Virxe María de O Corpiño](#)
- 200 | [60 años de Caritas Diocesana de Lugo](#)
- 203 | [60 anos de Caritas Diocesana de Lugo](#)
- 206 | [El retablo de San Pedro de Cadoalla](#)
- 207 | [Homilía de reparación de ofensas por la apertura de los Juegos Olímpicos](#)

Secretaría General

- 211 | [Nombramientos](#)
- 212 | [Órdenes sagradas](#)
- 212 | [Defunciones](#)

Información Diocesana

- 213 | [Necrológicas](#)

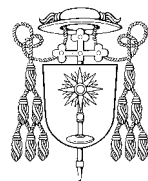
CONFERENCIA EPISCOPAL

- 221 | [Nota y rueda de prensa final de la 267.^a reunión de la Comisión Permanente](#)

SANTA SEDE

Santo Padre Francisco

- 231 | [*Spes non confundit*. Bula de convocación del Jubileo Ordinario del año 2025](#)
- 255 | [Sobre la concesión de la Indulgencia durante el Jubileo Ordinario del año 2025 convocado por Su Santidad el Papa Francisco](#)
- 263 | [Discurso del Santo Padre Francisco en la sesión del G7 sobre inteligencia artificial](#)



- Jubileo de los sacerdotes en el Santuario de Nuestra Señora de O Corpiño
- Xubileo dos sacerdotes no Santuario de Nosa Señora de O Corpiño
- *Allí donde nos necesitáis abrimos caminos de esperanza.*
Día de la Caridad 2024
- *Alí onde nos necesitáis abrimos camiños de esperanza.*
Día da Caridade 2024
- Coronación Pontificia de la Santísima Virgen María de O Corpiño
- Coroación Pontificia da Santísima Virxe María de O Corpiño
- 60 años de Caritas Diocesana de Lugo
- 60 anos de Caritas Diocesana de Lugo
- El retablo de San Pedro de Cadoalla
- Homilía de reparación de ofensas por la apertura de los Juegos Olímpicos
- Nombramientos
- Órdenes sagradas
- Defunciones
- Necrológicas

DEL SR. OBISPO

Jubileo de los sacerdotes en el Santuario de Nuestra Señora de O Corpiño

Día de Jesucristo, sumo y eterno Sacerdote

Queridos hermanos, queridos hermanos sacerdotes,

En este día solemne de *Jesucristo, sumo y eterno Sacerdote* acudimos al Santuario de la Santísima Virgen María de O Corpiño, sintiéndonos sin duda invitados por su solicitud materna a poner bajo su protección nuestra vocación y nuestro ministerio.

Acudir a un santuario mariano es, para todos los fieles, en primer lugar dejar la propia casa, el gobierno solitario de los propios negocios y afanes, e ir en busca de amparo en Aquella que es nuestra Madre. Es romper el aislamiento, dejar atrás el individualismo y entrar en presencia de María, pedir y aceptar su ayuda e intercesión; es, por tanto, un gesto propio de hijos de la Iglesia, que nos permite experimentar de una manera particular nuestro pertenecer, depender, ser familia de Dios, Iglesia.

En este Santuario, la Virgen de O Corpiño ha venido al encuentro ya de tantísimos fieles, ha consolado tantas inquietudes, defendido a los suyos de tantos males; a cada uno según su circunstancia y necesidad.

Pero a todos dice desde el principio una palabra, la misma que a aquellos pastores, pequeños y asustados por la tempestad: *haced la señal de la Cruz*.

Esta es igualmente hoy su palabra para nosotros, también pastores y pequeños, llamados por el Señor a colaborar en su misión, que, a veces, podemos sentirnos como en una tempestad, como si la barca de la Iglesia estuviese agitada de nuevo en nuestra época por los vientos y las olas. Acudimos a nuestra Madre para pedir por nuestro sacerdocio, por nuestra misión, por el pueblo de Dios que tenemos encomendado, por nuestra tierra. Venimos en busca de consuelo en las dificultades, de misericordia para nuestros pecados; y en busca de aliento, de nueva energía para el cumplimiento de la tarea de la vida, de la misión recibida por cada uno de manos del Señor, sellada en el día singular de nuestra ordenación.

Cada uno de nosotros recibirá una palabra, una gracia propia y personal, dada con su sabiduría divina por Aquel que nos conoce y nos ama. Y a cada uno asistirá en ello María, mediadora e intercesora o, brevemente dicho, Madre. Ella nos invita a nosotros también, hoy y aquí, a la conversión y a la fe: *haced la señal de la Cruz*.

Nos encomienda así a su Hijo, a quien acompañó todos los días y de quien llegó a comprender y a valorar mejor que nadie la inmensidad de su obra, la Redención del mundo. Jesús, el que nació de su seno, es para ella el Hijo que llevó a cabo su misión en el amor más grande, sufriendo para el perdón de los pecados, entregando hasta su cuerpo y sangre, y resucitando victorioso. Para María no hay alegría mayor que contemplar esta obra salvadora, la victoria y la gloria de su Hijo ganada en la cruz, y proclamar exultante la grandeza del Señor. Por eso nos repite a nosotros con todo realismo lo que aconsejó en la boda de Canaán, *haced lo que El os diga*, pero en forma renovada: *hace la señal de la Cruz*.

Para nosotros, sacerdotes, es una palabra que recuerda lo más íntimo, el don mayor que habita y vivifica nuestra vocación. Como decía San Juan de Ávila, ¿no somos un poco como María, que con su respuesta al Ángel Gabriel trajo a Jesús al mundo? ¿no lo hacemos nosotros por disposición divina cotidianamente, con las palabras de la consagración en la celebración de la Santa Misa? Y, de esta manera, ¿no hacemos presente al Señor precisamente en el sacri-

ficio de la cruz, en el don inmenso de su amor, que nos anticipa el banquete del Reino de los cielos?

No podríamos escuchar esta palabra, *haced la señal de la Cruz*, sin pensar en la Eucaristía, en la presencia del Señor que se nos entrega, que nos hace partícipes de su pasión, muerte y resurrección.

La Virgen María nos reenvía así a nuestra misión, como si nos pidiese confiar de corazón en la palabra del Señor, dicha a sus discípulos en la Cena singular de su «institución sacerdotal»: *haced esto en memoria mía*.

Pero no guardaremos viva su memoria si olvidamos su entrega por nosotros, por el perdón de los pecados y por una comunión nueva y verdadera con Dios y con los hermanos, si olvidamos la cruz y la resurrección. Si, como sacerdotes, olvidamos que Él es el único Sacerdote verdadero y no cumplimos la misión que Él nos ha dado, anunciando la alegría del Evangelio a nuestras gentes, celebrando el misterio de nuestra fe en el sacramento de la Eucaristía.

Sin el memorial sacramental de la Cruz, la persona de Jesús que presentaríamos no sería ya realmente la de quién vivió y cumplió una misión única y definitiva, encomendada por el Padre; y sus palabras y enseñanzas se reducirían en nuestra boca a un poco de nuestra pobre sabiduría mundana. Los designios del Padre permanecerían incomprensibles, mientras que la muerte poco a poco parecería de nuevo ser sin más, tranquilamente, nuestro punto final.

En cambio, guardando viva la memoria de su sacrificio pascual, haremos presente a Jesús, el Salvador, ante los ojos de los fieles; a su persona concreta, al que verdadera e históricamente caminó sobre la tierra como único Mediador entre Dios y los hombres, sus palabras y sus obras, sus enseñanzas e interpelaciones. Y se hará manifiesto así el designio y la bondad del Padre, que nos da la esperanza de cielos y tierra nuevos, en que la muerte habrá sido vencida.

De este modo no olvidaremos tampoco nunca el amor eterno con que nos llamó a la vida y a la vocación, con el que entró en nuestra

existencia y la sostiene cada día con su compañía, con su promesa de fecundidad y de felicidad.

En este Jubileo en honor de la Virgen de O Corpiño, que es Madre de Misericordia, acogamos de corazón el perdón del Señor por nuestros pecados, y sobre todo por aquello que nos ha impedido predicar con alegría el Evangelio, nos ha detenido en nuestro camino hacia quienes tenemos encomendados, ha oscurecido la presencia real del Señor con nosotros, que todos los días hasta el fin del mundo sigue reuniendo, enseñando y santificando a su Pueblo —también por nuestro medio.

Y que el Señor, por intercesión de María Virgen, nos haga sentir de nuevo la alegría de su compañía, de haber sido escogidos entre sus discípulos y amigos, llamados a participar de su sacerdocio. Que Él nos ayude a comprender mejor la grandeza de su amor, de su obra de salvación del mundo, cómo su gracia y su verdad ilumina y renueva la vida de cada uno, nos hace libres y fecundos.

Que Él encienda en nosotros cada día el deseo de predicar el Evangelio, para bien de nuestros hermanos y de nuestra tierra, y nos dé la gracia de poder escuchar también cada día la buena nueva, en boca de amigos, de los compañeros sacerdote, de cualquiera que pueda hablar en nombre del Señor; así como en el silencio de nuestro corazón, mientras participamos a la mesa de la Palabra y de la Eucaristía.

Encomendemos hoy especialmente a la Bienaventurada Virgen María a nuestros seres queridos, a todos los que forman parte de la historia de nuestra vocación y de nuestro camino ministerial, a nuestros compañeros sacerdotes en el presbiterio diocesano. Y pidámosle sobre todo por nuestro pueblo, al que hemos sido enviados por el Señor como pastores, y que tanto o más que nunca necesita reconocer y creer de nuevo en el amor de Dios, revelado en su Hijo entregado por nosotros; que necesita en cada generación ministros que participen del corazón y de la misión del Buen Pastor, y que la necesita a Ella como Madre.

Y a nosotros, llamados al ministerio sacerdotal, que la Santísima Virgen nos consiga la gracia de escuchar y cumplir la palabra de su Hijo: *haced esto en memoria mía*. Y que así también estas vasijas de barro que somos lleven dentro un tesoro, aquel vino nuevo que es la causa de la esperanza y de la alegría verdadera de nuestro pueblo.

+ Alfonso Carrasco Rouco
Obispo de Lugo

Xubileo dos sacerdotes no Santuario de Nosa Señora de O Corpiño

Benqueridos irmáns,

na fe, no sacerdocio, no episcopado.

Chegamos ata aquí peregrinando e agora estamos xuntos diante da Virxe María coa paz dos fillos que acoden á casa da súa Nai. Estamos todos na casa —non só fisicamente, neste Santuario—, xa que estamos onde verdadeiramente pertencemos, onde somos chamados fillos e amigos, non servos, onde a nosa vida máis persoal, a nosa vocación, ten a súa orixe, en Aquel que nos amou e fixo de nós todos unha compañía de irmáns.

O fogar está feito de agarimo e de coidado, de seres queridos; deixa de existir se non está habitado. A nosa Igrexa e a nosa vida están habitadas.

Na hora decisiva xa dicía o Señor: ídesme deixar todos, pero eu non estou só, o Pai está sempre comigo, habita no meu corazón; e aínda na desolación da cruz ardía nel o lume do fogar, do Espírito de vida.

E da mesma maneira, amándonos con un xeito divino e sen medida, tamén El, Xesús, quixo habitar en nós, non deixarnos sos, senón quedarse a vida enteira, todos os días ata a fin do mundo. Nós hoxe,

co xesto desta peregrinación xuntos, estamos dicindo que queremos permanecer neste fogar verdadeiro, volver sempre de novo a el —quizais como o fillo pródigo.

Esta é a nosa casa: arredor da mesa daquela Cea que non pasa xa nunca máis, que seguimos celebrando por graza de Deus todos os días, na que Xesús nos da o seu Corpo e o seu Sangue, para que este Amor realmente divino sexa sustancia tamén da nosa vida.

Xa non podemos contentarnos con menos que esta promesa de gloria, da que un día gustamos, con menos que a dignidade desta caridade infinita e xa tan humana; non queremos esquecer a confianza que puxo en nós o Señor, seguramente ben inmerecida, pero que sostén os traballos dunha vida enteira.

Como nos invita o Señor, queremos volver ao amor primeiro, que siga sendo luz, ledicia e paz no escondido da nosa liberdade, sen que as dificultades ou pecados poidan quitar da nosa memoria quen somos de verdade, como percibimos un día encontrando o amor do noso Señor.

Contra este perigo vimos hoxe aquí, queremos reafirmar a nosa verdadeira pertenza, a nosa casa; abrimos a alma ao perdón e á indulxencia, pedimos a graza da fidelidade á nosa vocación.

E unha súplica de quen se sabe necesitado: sen a túa graza non poderemos, sen a túa man afundiremos como Pedro en Xenesarét. Pero é tamén unha súplica confiada: eu podo fraquear, pero non vou só; Ti puxeches amigos ao meu lado, e Ti fasnos presente a María, como Nai túa e nosa, para que non desesperemos nunca de atopar comprensión e acougo, para que non deixemos de confiar na súa axuda e de esperar na túa graza.

Como sacerdotes somos testemuñas deste Amor que fixo xurdir unha historia nova no mundo; puidémola experimentar cada un, na propia vocación, e por iso falamos, certos da grandeza deste Amor do Señor, que é camiño, verdade e vida para todos.

Como dicía Paulo, fatigámonos loitando coa forza que o Señor nos da, para anunciar este Evanxeo: a verdade do rostro de Deus, do seu

Amor desvelado en Xesucristo; e a verdade do home, da loita e as dores do corazón, pero tamén da súa dignidade, da lei do amor que o move, dos froitos bos, de xustiza e dereito, aos que está chamado, da grandeza incalculable que pode ter o propio pobre sacrificio, cando está feito na caridade.

A nosa misión pertence ao máis íntimo da historia da nosa Galicia, educada e moldeada polo lume do Evanxeo, que puido construír familias e casas, atravesou os séculos e xerou cultura, gardando ante os ollos a bondade de Deus, a entrega do Fillo, noso irmán e Señor, a gloria e a tenrura da Nai e Raíña de ceos e terra. Así aprendemos a ser humildes e fortes, xente de palabra, hospitalarios e solidarios, nos traballos de cada día e nas penas da existencia; alegres nas festas, certos do noso destino bo, desexosos de acompañarnos nos sufrimentos e ante a morte.

É moito traballo feito pola graza de Deus, pola intercesión de María e dos nosos santos, grandes e pequenos. E foise loitando e vencendo, con todos os fallos e limitacións, contra o egoísmo, a mentira, a cobiza, a envexa, a violencia, etc.

Pero é tamén moito traballo de sacerdotes: de quenes predicaron o Evanxeo na nosa terra, moitos anos, sen cansar de xeración en xeración; e celebraron a misericordia de Deus, o seu Amor e a súa vitoria na Eucaristía, o seu Amor e a súa vitoria no Perdón dos pecados e en todos os sacramentos. Máis do que calquera pode ver, pensar ou calcular, foron semente de fe e de esperanza, compañía para discernir nos retos e desafíos, un pouco pais e un pouco irmáns, camiñando xuntos en parroquias, aldeas, pobos e cidades.

A misión do sacerdote e a dun colaborador, que se entrega por fe e amizade á obra de Outro, de noso Señor, de quen sabe que é o Salvador, a luz e a esperanza dos propios seres queridos e do propio pobo. Faise por amizade, por confianza en quen nos chamou: El poderá levar a cabo esta obra, nós sen El, non. E faise por amor á propia terra e á propia xente, aprendendo de Deus, que amou tanto ao mundo, e que deu a vida polos amigos, e tamén por nós.

O Evanxeo e sen dubida determinante da alma do noso pobo. Foino moitos séculos. Resultará decisivo que o siga sendo, para a salvación de cada un, para o futuro da nosa terra. O servizo do Evanxeo e a obra máis importante, a máis divina —por iso ausente de vangloria e chea de amor— e a máis humana; seguirá sendo a máis decisiva para a construción de casas e familias, da nosa cultura e sociedade.

É unha tarefa á medida do Señor, que a iniciou e a cumprirá. Nós podemos ser felices de pensar que somos chamados como amigos, enviados para ser «colaboradores da alegría» da nosa xente.

Encomendemos hoxe logo a nosa fidelidade á Virxe María, que viviu o seu servizo con conciencia ben humilde, pero permaneceu nel sempre e ata o final por graza de Deus. Que Ela nos consiga un corazón coma o seu, feliz de proclamar as grandezas do Señor, que chamou á porta do noso corazón e espertou a nosa liberdade, que da fecundidade e ledicia, que leva á gloria incluso a quen é un pecador, como sucede con nós.

En nós está pedir, para ter a graza de poder dar. E iso podémolo facer; podemos axudarnos a facelo, hoxe aquí, pero tamén no camiño da vida, mentres cumprimos a nosa tarefa xuntos en medio da Igrexa. Pidamos logo, con corazón confiado: Santísima Virxe María, intercede pola nosa fidelidade á vocación, pola dos nosos compañeiros nas nosas dioceses, en Galicia e no mundo. E así, polo noso medio, coida sempre das nosas xentes, das nosas parroquias, do noso pobo. Amén

+ Alfonso Carrasco Rouco
Bispo de Lugo

Allí donde nos necesitas abrimos caminos de esperanza

Día de la Caridad 2024

Queridos hermanos,

Con gran alegría celebramos una vez más el día de *Corpus Christi*, tan importante en la historia de nuestra diócesis, en el que reconocemos públicamente la Presencia real de Dios con nosotros, que nos amó hasta entregar a su Hijo por nosotros, su Cuerpo y su Sangre.

En este día queremos adorar solemnemente a Jesucristo presente con nosotros en el Pan Consagrado, reconocer y agradecer el Amor con el que quiso identificarse con nosotros para salvarnos. En la Santísima Eucaristía el Señor se entrega por cada uno y a cada uno de nosotros, nos invita a comulgar con Él, sana nuestro corazón y nos enseña a participar y vivir en su Amor, y luego a reconocerlo presente también en el prójimo, en aquel que nos necesita, en todo el que sufre.

El lema de Caritas en este año 2024, «Allí donde nos necesitas abrimos caminos de esperanza», nos recuerda que, allí donde el Señor nos pone, en estos tiempos inciertos que parecen querer confiar sólo en la fuerza y en el dominio, estamos llamados a dar testimonio de una esperanza diferente, que habla a cada uno, al humilde y al pobre, nacida y sostenida en nosotros por la presencia y el amor

de Dios, de Jesús Sacramentado. En esta nuestra fiesta resuena la invitación a despertar la esperanza, a hacerlo de verdad y con obras, con nuestra presencia cariñosa en casa y con los amigos y que no se esconde delante de las dificultades, con nuestra cercanía y nuestro cuidado fraterno, especialmente de las personas más necesitadas: porque perdieron el rumbo o el sentido de su vida, no encuentran oportunidades para salir adelante, quedaron sin recursos materiales o sin una red de solidaridad, se encuentran solos y sin apoyos, débiles por los golpes de una enfermedad o de cualquier otro mal, son inmigrantes o refugiados... Como nos recordaba San Juan Pablo II: *«No se puede recibir el Cuerpo de Cristo y sentirse lejos de los que tienen hambre y sed, son explotados o extranjeros, están en prisión, o se encuentran enfermos»* (Congreso Eucarístico de Sevilla, 13/06/1993).

Celebrar el día de *Corpus Christi* es acoger y honrar al Señor Jesús que se hace presente en la Eucaristía como alimento de Comunión. Todos debemos acercarnos a comulgar con la debida preparación, la que se corresponde con la verdad de lo que hacemos, la propia de reconocer en el Sacramento a Aquel que unió para siempre jamás, con toda la seriedad, el amor a Dios y a los hermanos. No deberían darse en nuestra vida situaciones contradictorias con este amor, como se lo recordaba el apóstol San Pablo a los cristianos de Corinto, diciéndoles de cambiar las maneras de hacer: *«Lo primero que oigo es que cuando os juntáis en asamblea hay divisiones entre vosotros... De este modo cuando os juntáis en común, eso ya no es comer la Cena del Señor, pues al poneros a comer, cada uno se agarra a su propia comida y unos pasan hambre mientras los otros se emborrachan»* (1Cor. 11, 18-21).

Contemplando con fe al Santísimo Sacramento aprendemos también a ver con nuevos ojos a los que están a nuestro alrededor, a no dejar que las personas pasen a nuestro lado sin mirarlas a la cara y a descubrir sus necesidades, pero también sus capacidades para abrir caminos de esperanza, para ser protagonistas de la propia emancipación asumiendo la libertad que el Señor nos concedió. Aprendemos luego a no mirar nunca a los demás desde la indiferencia,

el juicio o la condena, sino con aquella misericordia que tiene con nosotros el Señor, que siempre busca salvar e incorporar a todos a la gran familia de los hijos de Dios.

Que las palabras de Jesús en el Evangelio de hoy, *«tomad, esto es mi cuerpo»*, que escuchamos con fe y devoción cada vez que el presbítero las repite en la Consagración, nos lleven a acoger este inmenso Don con gratitud y con fe, como alimento que hace crecer la comunión y la paz; para que podamos ayudarnos unos a los otros a sostener la esperanza en el camino, y ser principio de justicia y fraternidad en la sociedad, en favor del bien común, el de cada uno y el de todos.

¡Feliz fiesta de Corpus Christi!

+ Alfonso Carrasco Rouco
Obispo de Lugo

Alí onde nos necesitas abrimos camiños de esperanza

Día da Caridade 2024

Benqueridos irmáns,

Con gran alegría celebramos unha vez máis o día de *Corpus Christi*, tan importante na historia da nosa Diocese, no que recoñecemos publicamente a Presenza real de Deus connosco, que nos amou ata entregar ao seu Fillo por nós, o seu Corpo e o seu Sangue.

Neste día queremos adorar solememente a Xesucristo presente con nos no Pan Consagrado, recoñecer e agradecer o Amor co que quixo identificarse con nos para salvarnos. Na Santísima Eucaristía o Señor entrégase por cada un e a cada un de nos, invítanos a comulgar con El, sanda o noso corazón e ensínanos a participar e vivir no seu Amor, e logo a recoñecelo presente tamén no próximo, naquel que nos necesita, en todo o que sofre.

O lema de Caritas neste ano 2024, «Alí onde nos necesitas abrimos camiños de esperanza», recórdanos que, alí onde o Señor nos pon, nestes tempos incertos que parecen querer confiar só na forza e no dominio, estamos chamados a dar testemuño dunha esperanza diferente, que fala a cada un, ao humilde e ao pobre, nacida e sostida en nos pola presenza e o amor de Deus, de Xesús Sacramentado.

Nesta nosa festa resoa a invitación a espertar a esperanza, a facelo de verdade e con obras, coa nosa presenza agarimosa na casa e cos amigos e que non se esconde diante das dificultades, coa nosa cercanía e o noso coidado fraterno, especialmente das persoas máis necesitadas: porque perderon o rumbo ou o sentido da súa vida, non atopan oportunidades para saír adiante, quedaron sen recursos materiais ou sen unha rede de solidariedade, atópanse sos e sen apoios, febles polos golpes dunha enfermidade ou de calquera outro mal, son inmigrantes ou refuxiados... Como nos lembraba San Xoán Paulo II: *«Non se pode recibir o Corpo de Cristo e sentirse lonxe dos que teñen fame e sede, son explotados ou estranxeiros, están na cadea, ou atópanse enfermos»* (Congreso Eucarístico de Sevilla, 13/06/1993).

Celebrar o día de *Corpus Christi* é acoller e honrar ao Señor Xesús que se fai presente na Eucaristía como alimento de Comunión. Todos debemos achegarnos a comulgar coa debida preparación, a que se corresponde coa verdade do que facemos, a propia de recoñecer no Sacramento a Aquele que uniu para sempre, con toda a seriedade, o amor a Deus e aos irmáns. Non deberían darse na nosa vida situacións contraditorias con este amor, como llo recordaba o apóstolo San Paulo aos cristiáns de Corinto, dicíndolles de cambiar as maneiras de facer: *«O primeiro que oio é que cando vos xuntades en asemblea hai divisións entre vós... Deste xeito cando vos xuntades en común, iso xa non é comer a Cea do Señor, pois ao poñervos a comer, cada un agárrase a súa propia comida e uns pasan fame mentres os outros se emborrachan»* (1Cor 11, 18-21).

Contemplando con fe ao Santísimo Sacramento aprendemos tamén a ver con novos ollos aos que están ao noso arredor, a non deixar que as persoas pasen ao noso lado sen miralas á cara e a descubrir as súas necesidades, pero tamén as súas capacidades para abrir camiños de esperanza, para ser protagonistas da propia emancipación asumindo a liberdade que o Señor nos concedeu. Aprendemos logo a non mirar nunca aos demais desde a indiferenza, o xuízo ou a condena, senón con aquela misericordia que ten con nos o Señor, que sempre busca salvar e incorporar a todos á gran familia dos fillos de Deus.

Que as palabras de Xesús no Evanxeo de hoxe, «*tomade, isto é o meu corpo*», que escoitamos con fe e devoción cada vez que o presbítero as repite na Consagración, nos leven a acoller este seu inmenso Don con gratitude e con fe, como alimento que fai medrar a comunión e a paz; para que poidamos axudarnos uns aos outros a soste a esperanza no camiño, e ser principio de xustiza e fraternidade na sociedade, en favor do ben común, o de cada un e o de todos.

Feliz festa de Corpus Christi!

+ Alfonso Carrasco Rouco
Bispo de Lugo

Coronación Pontificia de la Santísima Virgen María de O Corpiño

¿Quién soy yo para que me visite la Madre de mi Señor?

Estas palabras de Isabel, madre de San Juan Bautista, resuenan hoy aquí de manera muy especial. También para nosotros se ha hecho realidad de alguna manera la narración evangélica: *María se levantó y se puso en camino hacia la montaña*, vino un día de S. Juan a visitar a los suyos en esta montaña, como una madre a sus niños, sin refugio y temerosos ante la tempestad.

Y, como entonces a Isabel, su presencia nos habló de Dios, de su Hijo, que había cumplido ya la obra de la redención y en quién nos pedía confiar: *haced la señal de la cruz*. Nos recordaba así a Jesús el Señor, su muerte y su resurrección, la victoria conseguida en nuestro favor, la esperanza y el consuelo que se encuentran en Él.

Es la misma Virgen María que fue a casa de Zacarías, pero ya con la vida cumplida, con toda su historia, Madre de Dios convertida en Madre nuestra al pie de la cruz. Ella *proclama* de nuevo, para nosotros, *la obras grandes del Señor*, nos habla de una gracia inmensa, que vence todo mal y sostiene en toda tempestad; pero *adquirida a caro precio, el de la sangre del Hijo* querido, el de la entrega y el sacrificio también de todo su corazón de madre, atravesado por la espada del dolor y de la angustia. No es una gracia barata, no son consuelos y

palabras fáciles, tras las que esconderse ante la dureza del sufrimiento o la oscuridad del pecado y de la muerte. Es una gracia lograda por un corazón vencedor en la batalla, es fruto de la cruz.

Por eso, como dice Pío XII, la Virgen María, Madre de Dios y madre nuestra, reina en todo el mundo con maternal corazón (*Ad caeli reginam*). Es decir, con su corazón inmaculado, que permaneció lleno de gracia siempre, desde los gozos del nacimiento a los misterios dolorosos de la pasión y de la cruz, y en la alegría colmada de la victoria de su Hijo, viendo cómo Él, resucitado y glorioso, comparte con sus hermanos su amor triunfante sobre el mal y la muerte.

Jesús, *a quien ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra*, no tiene mejor y más elocuente reflejo que el corazón de la Virgen María. Ante ella comprendemos mejor al Señor: la victoria de la cruz, del Hijo de Dios e hijo del hombre, no es la de un amor poco humano, sino totalmente acorde con la verdad de nuestro corazón, salvándolo y potenciándolo sin límites y para siempre. Y esto lo realiza Él en primer lugar en la Virgen, en aquella que es ante todo y para siempre su Madre. Por eso hoy nosotros reconocemos : el maternal corazón de Santa María, glorificado por Cristo, reina en el mundo; no es reina de cielos y tierra ninguna otra persona humana, ningún otro corazón.

Ella, sin embargo, nos repite: *haced la señal de la cruz*. Desea con toda el alma que no confundamos la grandeza del don, la largueza de la misericordia, con algo de poco valor. Porque es de caro precio, ha costado todo el corazón, la entrega y el sacrificio de toda la vida. La Virgen Santísima reina, vencedora, al lado de su Hijo, con corazón maternal, reflejo único de la misericordia de Dios, conocedora de la debilidad y los sufrimientos del hombre, del peso de las muchas cruces de la vida.

Coronando hoy solemnemente esta imagen de la Virgen, nuestro pueblo proclama su fe y su agradecimiento. Reconocemos en primer lugar que éste es el verdadero reinado, éste el verdadero poder, que se abaja hasta el pobre y el humilde, el caído por el peso de su

pecado, y que es capaz de sanar y levantar al desvalido, al necesitado, al derrotado por el mal.

Y damos gracias de corazón, porque la Santísima Virgen María ha hecho brillar aquí la victoria del amor divino. ¡Cuántas personas, cuántas penas, cuántas esperanzas han encontrado aquí respuesta y consuelo! ¡Cuántos se han sentido hijos queridos, se han sabido conocidos y amados por el Señor y por su Madre, han podido encontrar y vivir la fe! ¡En cuántas casas y familias habrá entrado un soplo de paz, de bien, por gracias recibidas por mediación de la Virgen María aquí en O Corpiño!

De esto nos habla la coronación hoy de esta imagen: del misterio de tantísimos corazones agradecidos, confiados, sabedores del abajamiento admirable del Amor de Dios, reconocido en la venida de la Virgen a este lugar: *¿Quién soy yo para que me visite la Madre de mi Señor?*

El acto que hoy realizamos es fruto de la devoción y del querer de todo un pueblo creyente. Tantísimos lo han hecho posible, de muchas maneras, colaborando en mil modos hasta hoy mismo; pero sobre todo queriendo, deseando honrar a la Madre del Señor, guardando vivo el afecto por ella a través de los días y de los años, y queriendo dar gracias a Dios por el don tan especial de ofrecernos como madre nuestra a la suya propia, para que sea *vida, dulzura y esperanza nuestra en este valle tantas veces de lágrimas*.

Todo en esta corona es fruto del corazón de los fieles. Sabemos que, como decía San Pedro, *nuestra fe es más preciosa que el oro, que se aquilata a fuego*. Pues cada grano de oro donado en cada medalla o pendiente o joya familiar, es una gota de fe verdadera, aquilatada muchas veces también al fuego de la paciencia y el sufrimiento, y más valiosa que todas las riquezas materiales.

Como la fe es más preciosa que el oro, así la gracia de Dios y la presencia de la Virgen es más preciosa que todas las coronas. Que ésta sea sólo expresión de agradecimiento y de amor filial, testimonio dado pobrementemente con nuestros medios de la grandeza y de la belleza de la Virgen María, exaltada por Dios como reina de cielos y tierra,

amada infinitamente por Él, que fue acogido por Ella de todo corazón cuando niño, y acompañado por Ella siempre, hasta la cruz y en la soledad de aquel único Sábado Santo, hasta que pudo volver a visitarla, lleno de vida inmortal, vencedor sobre todas las tempestades y el mal del mundo.

Contemplando la corona que recibe hoy su imagen, no olvidemos nunca que todo el esplendor, la belleza y la gloria de la Virgen brotan de su corazón lleno de gracia, y pidámosle siempre que vuelva a nosotros su rostro y su mirada materna. Y recordando sus palabras, dichas aquí a quienes son o pueden hacerse como niños, no separemos nunca la vida y la gloria de las armas victoriosas de la cruz.

Santa María, nuestra Señora de O Corpiño, ruega por nosotros.

+ Alfonso Carrasco Rouco
Obispo de Lugo

Coroación Pontificia da Santísima Virxe María de O Corpiño

Quen son eu para que me visite a Nai do meu Señor?

Estas palabras de Isabel, nai de San Xoán Bautista, resoan hoxe aquí de maneira moi especial. Tamén para nós fíxose realidade dalgunha maneira a narración evanxélica: *María levantouse e púxose en camiño cara á montaña*, veu un día de S. Xoán a visitar aos seus nesta montaña, como unha nai aos seus nenos, sen refuxio e temerosos ante a tempestade.

E, como entón a Isabel, a súa presenza falounos de Deus, do seu Fillo, que cumprira xa a obra da redención e en quen nos pedía confiar: *face de o sinal da cruz*. Lembrábanos así a Xesús o Señor, a súa morte e a súa resurrección, a vitoria conseguida no noso favor, a esperanza e o consolo que se atopan Nel.

É a mesma Virxe María que foi a casa de Zacarías, pero xa coa vida cumprida, con toda a súa historia, Nai de Deus convertida en Nai nosa ao pé da cruz. Ela proclama de novo, para nós, as obras grandes do Señor, fálanos dunha graza inmensa, que vence todo mal e sostén en toda tempestade; pero *adquirida a caro prezo, o do sangue do Fillo* querido, o da entrega e o sacrificio tamén de todo o seu corazón de nai, atravesado pola espada da dor e da angustia. Non é unha graza barata, non son consolos e palabras fáciles, tras as que escond-

derse ante a dureza do sufrimento ou a escuridade do pecado e da morte. É unha graza lograda por un corazón vencedor na batalla, é froito da cruz.

Por iso, como di Pío XII, a Virxe María, Nai de Deus e nai nosa, reina en todo o mundo con maternal corazón (*Ad caeli reginam*). É dicir, co seu corazón inmaculado, que permaneceu cheo de graza sempre, desde os gozos do nacemento aos misterios dolorosos da paixón e da cruz, e na alegría colmada da vitoria do seu Fillo, vendo como El, resucitado e glorioso, comparte cos seus irmáns o seu amor triunfante sobre o mal e a morte.

Xesús, *a quen foi dado todo o poder no ceo e na terra*, non ten mellor e máis elocuente reflexo que o corazón da Virxe María. Ante ela comprendemos mellor ao Señor: a vitoria da cruz, do Fillo de Deus e fillo do home, non é a dun amor pouco humano, senón totalmente acorde coa verdade do noso corazón, salvándoo e potenciándoo sen límites e para sempre. E isto realízao El en primeiro lugar na Virxe, naquela que é ante todo e para sempre a súa Nai. Por iso hoxe nós recoñecemos: o maternal corazón de Santa María, glorificado por Cristo, reina no mundo; non é raíña de ceos e terra ningunha outra persoa humana, ningún outro corazón.

Ela, con todo, repítenos: *face de o sinal da cruz*. Desexa con toda a alma que non confundamos a grandeza do don, a largueza da misericordia, con algo de pouco valor. Porque é de caro prezo, custou todo o corazón, a entrega e o sacrificio de toda a vida. A Virxe Santísima reina, vencedora, á beira do seu Fillo, con corazón maternal, reflexo único da misericordia de Deus, coñecedora da debilidade e os sufrimentos do home, do peso das moitas cruces da vida.

Coroando hoxe solemnemente esta imaxe da Virxe, o noso pobo proclama a súa fe e o seu agradecemento. Recoñecemos en primeiro lugar que este é o verdadeiro reinado, este o verdadeiro poder, que se abaixa ata o pobre e o humilde, o caído polo peso do seu pecado, e que é capaz de sandar e levantar ao desvalido, ao necesitado, ao derrotado polo mal.

E damos grazas de corazón, porque a Santísima Virxe María fixo brillar aquí a vitoria do amor divino. Cantas persoas, cantas penas, cantas esperanzas atoparon aquí resposta e consolo! Cantos se sentiron fillos queridos, soubéronse coñecidos e amados polo Señor e pola súa Nai, puideron atopar e vivir a fe! En cantas casas e familias entraría un sopro de paz, de ben, por grazas recibidas por mediación da Virxe María aquí en O Corpiño!

Disto fálanos a coroación hoxe desta imaxe: do misterio de tantísimos corazóns agradecidos, confiados, sabedores do abaixamento admirable do Amor de Deus, recoñecido na vinda da Virxe a este lugar: *Quen son eu para que me visite a Nai do meu Señor?*

O acto que hoxe realizamos é froito da devoción e do querer de todo un pobo crente. Tantísimos fixérono posible, de moitas maneiras, colaborando en mil modos ata hoxe mesmo; pero sobre todo querendo, desexando honrar á Nai do Señor, gardando vivo o afecto por ela a través dos días e dos anos, e querendo dar grazas a Deus polo don tan especial de ofrecernos como nai nosa á súa propia, para que sexa *vida, doxura e esperanza nosa neste val tantas veces de bágoas*.

Todo nesta coroa é froito do corazón dos fieis. Sabemos que, como dicía San Pedro, *a nosa fe é máis preciosa que o ouro, que se aquilata a lume*. Pois cada gran de ouro doado en cada medalla ou pendente ou xoia familiar, é unha pinga de fe verdadeira, aquilatada moitas veces tamén ao lume da paciencia e o sufrimento, e máis valiosa que todas as riquezas materiais.

Como a fe é máis preciosa que o ouro, así a graza de Deus e a presenza da Virxe é máis preciosa que todas as coroas. Que esta sexa só expresión de agradecemento e de amor filial, testemuño dado pobremente cos nosos medios da grandeza e da beleza da Virxe María, exaltada por Deus como raíña de ceos e terra, amada infinitamente por El, que foi acollido por Ela de todo corazón cando neno, e acompañado por Ela sempre, ata a cruz e na soidade daquel único Sábado Santo, ata que puido volver visitala, cheo de vida inmortal, vencedor sobre todas as tempestades e o mal do mundo.

Contemplando a coroa que recibe hoxe a súa imaxe, non esqueza-
mos nunca que todo o esplendor, a beleza e a gloria da Virxe brotan
do seu corazón cheo de graza, e pidámoslle sempre que volva a nós
o seu rostro e a súa mirada materna. E lembrando as súas palabras,
ditas aquí a quen son ou poden facerse como nenos, non separemos
nunca a vida e a gloria das armas vitoriosas da cruz.

Santa María, nosa Señora de O Corpiño, roga por nós.

+ Alfonso Carrasco Rouco
Bispo de Lugo

60 años de Caritas Diocesana de Lugo

Cuando Dios todopoderoso resucitó de entre los muertos a Jesucristo nuestro Señor, comprendimos que es cierto, el Amor no pasa nunca. Es paciente, es benigno, goza con la verdad, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta, como el Señor con cada uno de nosotros. Y no cesará, permanecerá para siempre, también en esta tierra.

Jesucristo ha resucitado y ha vencido y su palabra se cumplirá: amaos unos a otros, como yo os he amado, participad de mi corazón abierto y de mi Espíritu de caridad.

El Amor es y será siempre realidad en nuestra historia, no será vencido por el pecado —el egoísmo, el miedo, la mentira, el abuso, la indiferencia—, por los límites y las imperfecciones nuestras en este mundo.

La presencia amiga de Cristo por medio de su Cuerpo, de su Iglesia, cercana a nuestras circunstancias de muchas maneras, nos dice que ya no somos extranjeros ni huéspedes, sino miembros de la familia de Dios, no siervos sino hijos queridos que el Padre abraza. Y siendo acogidos verdaderamente, con nuestros rostros e historia, llegamos a descubrir que ya está presente en nuestro mundo Aquel que nos ama y se entregó por nosotros, el que dio su vida por los amigos y por nosotros, también cuando aún no lo éramos.

Reconocemos entonces con fe que Dios es amor y Jesús su Hijo, y que también nosotros somos amados. Y buscamos ayudarnos para

no volver a mirar al mundo y la vida sin Dios ni esperanza, a la luz de la muerte, de la lucha interesada y del desprecio del otro, del pobre y necesitado, del que molesta, del que estorba nuestros planes, niño, adulto o mayor.

Queremos vivir como quienes somos, cristianos, hijos de Dios. Y mirar el mundo según las palabras de nuestro Señor, que es la Verdad, que puede iluminarnos en las dificultades y ayudarnos a responder a los retos de nuestra historia.

Unidos queremos hacer las obras del amor. En nuestras casas y en nuestro trabajo; pero también juntos como Iglesia en Lugo. Queremos ser Caritas en Lugo, quisiéramos serlo siempre. La organización diocesana nos dice quiénes somos y nos invita a serlo, en nuestras parroquias, en nuestra vida, en nuestra sociedad: a ser Caridad.

Por amor al prójimo, por el amor que no queremos perder ni negar —porque sería arruinar nuestro propio corazón y nuestra esperanza, y dejar sin luz nuestra mirada—, haremos de esta nuestra «amistad» eclesial un instrumento elaborado y trabajado, para acercarnos a cada uno, a cada rostro y a cada historia. No ofreceremos menos que la amistad, que la verdad del corazón, que nuestra fe. No podremos conformarnos con el abandono o la soledad, cerrar los ojos a las necesidades de cuerpo y alma, dar por buena la injusticia, la insolidaridad, el descarte de las personas.

Celebramos 60 años de Caritas como organización diocesana; es decir, de la conciencia y la voluntad activa y efectiva de ser nosotros mismos presencia del Amor de Dios en nuestro mundo. 60 años de deseo de que venga el Reino de Dios, de que el mundo encuentre el Camino de la verdad y de la vida, de que el Amor —que es la voluntad de Dios— sea el fundamento de la paz y la alegría de los corazones.

Pedimos confiadamente al Señor que también nosotros, nuestras generaciones, podamos continuar unidos en esta misma historia buena de caridad muchos años más, en todo caso durante nuestra vida.

Ponemos ante Él nuestros deseos, las personas que amamos, los rostros de todos los que nos acompañan y acompañamos en el camino. Ante todo, recordamos a quienes sufren de muchas maneras, a los enfermos, a los que están solos, a los que ya afrontan las últimas etapas de la existencia, en las que urge la luz de la caridad del Señor.

Le encomendamos a todos los que participaron en estos 60 años de Cáritas, especialmente a los que ya no están entre nosotros. Son muchos y a ellos debemos mucho, con frecuencia lo más importante, haber reconocido el amor del Señor.

Y damos gracias a Dios por todo. Por esta historia magnífica, por su Iglesia en Lugo —con sus comunidades y parroquias, con tanta fe y amistad vividas—; y especialmente hoy por la organización de Caritas, por el bien que significa, por las personas concretas que la siguen haciendo posible.

Dios es Amor, como el Señor nos testimonió dando su vida. Nuestros amigos, la cercanía cariñosa de la Iglesia en nuestras comunidades y parroquias, Caritas misma nos lo enseñan y recuerdan cada día, confortando nuestro corazón.

Que el Señor nos dé ser verdaderos protagonistas en la misión que nos encomienda a cada uno, la paz y la alegría de ser testigos de su Amor, con las palabras y con la entrega de la vida.

+ Alfonso Carrasco Rouco
Obispo de Lugo

60 anos de Caritas Diocesana de Lugo

Cando Deus todopoderoso resucitou de entre os mortos a Xesucristo o noso Señor, comprendemos que é certo, o Amor non pasa nunca. É paciente, é benigno, goza coa verdade, todo o cre, todo o espera, todo o soporta, como o Señor con cada un de nós. E non cesará, permanecerá para sempre, tamén nesta terra.

Xesucristo resucitou e venceu e a súa palabra cumprírase: amádevos uns a outros, como eu vos ameí, participade do meu corazón aberto e do meu Espírito de caridade.

O Amor é e será sempre realidade na nosa historia, non será vencido polo pecado —o egoísmo, o medo, a mentira, o abuso, a indiferenza—, polos límites e as imperfeccións nosas neste mundo.

A presenza amiga de Cristo por medio do seu Corpo, da súa Igrexa, próxima ás nosas circunstancias de moitas maneiras, dinos que xa non somos estranxeiros nin hóspedes, senón membros da familia de Deus, non servos senón fillos queridos que o Pai abraza. E sendo acollidos verdadeiramente, cos nosos rostros e historia, chegamos a descubrir que xa está presente no noso mundo Aquel que nos ama e se entregou por nós, o que deu a súa vida polos amigos e por nós, tamén cando aínda non o eramos.

Recoñecemos entón con fe que Deus é amor e Xesús o seu Fillo, e que tamén nós somos amados. E buscamos axudarnos para non vol-

ver mirar ao mundo e a vida sen Deus nin esperanza, á luz da morte, da loita interesada e do desprezo do outro, do pobre e necesitado, do que molesta, do que estorba os nosos plans, neno, adulto ou maior.

Queremos vivir como quen somos, cristiáns, fillos de Deus. E mirar o mundo segundo as palabras do noso Señor, que é a Verdade, que pode iluminarnos nas dificultades e axudarnos a responder os retos da nosa historia.

Unidos queremos facer as obras do amor. Nas nosas casas e no noso traballo; pero tamén xuntos como Igrexa en Lugo. Queremos ser Caritas en Lugo, quixeramos selo sempre. A organización diocesana dinos quen somos e convidanos a selo, nas nosas parroquias, na nosa vida, na nosa sociedade: a ser Caridade.

Por amor ao próximo, polo amor que non queremos perder nin negar —porque sería arruinar o noso propio corazón e a nosa esperanza, e deixar sen luz a nosa mirada—, faremos desta nosa «amizade» eclesial un instrumento elaborado e traballado, para achegarnos a cada un, a cada rostro e a cada historia. Non ofreceremos menos que a amizade, que a verdade do corazón, que a nosa fe. Non poderemos conformarnos co abandono ou a soidade, pechar os ollos ás necesidades de corpo e alma, dar por boa a inxustiza, a insolidariedade, o descarte das persoas.

Celebramos 60 anos de Caritas como organización diocesana; é dicir, da conciencia e a vontade activa e efectiva de ser nós mesmos presenza do Amor de Deus no noso mundo. 60 anos de desexo de que veña o Reino de Deus, de que o mundo atope o Camiño da verdade e da vida, de que o Amor —que é a vontade de Deus— sexa o fundamento da paz e a alegría dos corazóns.

Pedimos confiadamente ao Señor que tamén nós, as nosas xeracións, podamos continuar unidos nesta mesma historia boa de caridade moitos anos máis, en todo caso durante a nosa vida.

Poñemos ante El os nosos desexos, as persoas que amamos, os rostros de todos os que nos acompañan e acompañamos no camiño.

Ante todo, lembramos a quen sofre de moitas maneiras, aos enfermos, aos que están sos, aos que xa afrontan as últimas etapas da existencia, nas que urxe a luz da caridade do Señor.

Encomendámoslle a todos os que participaron nestes 60 anos de Cáritas, especialmente aos que xa non están entre nós. Son moitos e a eles debemos moito, con frecuencia o máis importante, recoñecer o amor do Señor.

E damos grazas a deus por todo. Por esta historia magnífica, pola súa Igrexa en Lugo —coas súas comunidades e parroquias, con tanta fe e amizade vividas—; e especialmente hoxe pola organización de Caritas, polo ben que significa, polas persoas concretas que a seguen facendo posible.

Deus é Amor, como o Señor nos testemuñou dando a súa vida. Os nosos amigos, a proximidade cariñosa da Igrexa nas nosas comunidades e parroquias, Caritas mesma ensínannolo e lembran cada día, confortando o noso corazón.

Que o Señor nos dea ser verdadeiros protagonistas na misión que nos encomenda a cada un, a paz e a alegría de ser testemuñas do seu Amor, coas palabras e coa entrega da vida.

+ Alfonso Carrasco Rouco
Bispo de Lugo

El retablo de San Pedro de Cadoalla

La restauración de este retablo de San Pedro de Cadoalla es un signo de esperanza grande. Atrás quedó el tiempo de la destrucción y también el del abandono. Vemos cumplirse deseos y expectativas.

La colaboración de los fieles, la iniciativa de la comunidad parroquial, la preocupación y el cuidado pastoral del sacerdote, con el apoyo de las instituciones, nos permiten contemplar hoy de nuevo el renacer de la vida, expresada en una obra cultural rica de humanidad y de belleza.

Pero nunca dejó de celebrarse en este santuario la fe en Dios, nunca dejó de habitar en él la esperanza, sostenida por la visión del Amor manifiesto en el *Ecce homo*, en Jesucristo.

Que también en los años venideros Dios haga de este santuario lugar de su presencia, de sus dones abundantes, de su misericordia; de modo que la fe y la caridad verdaderas iluminen y guíen los corazones de los habitantes de la parroquia, y los de todas las gentes que aquí se acerquen buscando consuelo y gracias divinas.

¡Cristo, *Ecce homo*, que has conocido los dolores y la oscuridad de todos y de toda nuestra historia, hasta alcanzar la luz de la resurrección gloriosa, a Tí acudimos necesitados, a Tí presentamos nuestras penas, en Tí confiamos!

No quedaremos defraudados.

+ Alfonso Carrasco Rouco
Obispo de Lugo

Homilía de reparación de ofensas por la apertura de los Juegos Olímpicos

Queridos hermanos,

Hemos oído hace un instante: «abrid los corazones y escuchad mis palabras». Y Jesús dijo un día: «si permanecéis en mi palabra, seréis de verdad discípulos míos; conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres» (Jn 8, 31-32).

En efecto, nuestra libertad consiste en el poder que Dios nos dio de disponer de nosotros mismos y de nuestra vida. Lo hacemos realmente en la medida en que conocemos la verdad de las cosas, de nosotros mismos y de Dios; porque entonces, si queremos, podemos adherirnos a la verdad reconocida y dar en consecuencia la forma adecuada a nuestra existencia.

En esto todos los hombres somos hermanos: en la común dignidad de la propia conciencia, que busca la verdad y desea dar forma buena a la propia vida en libertad. Reconocer y defender este bien del prójimo, de cada uno, es el principio de la fraternidad, del diálogo, de la convivencia en paz.

No queremos perder este bien grande, indispensable, correspondiente a nuestra dignidad como personas, en el que se expresa nuestro respeto real por el prójimo y por todos. Más aún, creemos que

es imprescindible para la sociedad entera reconocerlo, no dañarlo ni impedirlo; pues es un bien frágil, como la libertad, como nuestra propia humanidad, que siempre necesita ser cuidada.

Este respeto profundo por la búsqueda más humana de la verdad, por la libertad de la conciencia, está en los fundamentos de nuestra civilización y habría de ser promovido especialmente en momentos de encuentro universales, como la celebración de los Juegos Olímpicos. De ahí el inevitable rechazo de quienes vemos banalizadas ante el mundo entero las realidades para nosotros más preciosas y decisivas, y distorsionado su sentido.

Pues, en efecto, nosotros creemos en el Señor Jesús, que en Él se nos da la verdad y la gracia. Y profesamos esta fe del modo más pleno precisamente en la celebración de la Eucaristía, en el memorial de la Última Cena, parodiada en la ceremonia de inauguración de los Juegos del modo más público y expreso.

Amamos al Señor, porque Él nos amó primero, y celebramos diariamente el sacramento de este amor, el misterio de la comunión con su Cuerpo y Sangre. Compartimos la caridad de su Corazón, en la que se entregó por nosotros, nos alcanzó el perdón y la reconciliación, y la vida plena, victoriosa de la muerte. Y aprendemos así a amar como Él nos ha amado y como ha pedido que hagamos.

A Jesús, realmente presente en la Eucaristía, dirigimos el afecto del corazón y una gratitud profunda. Por eso hoy nos importa recordar nosotros mismos y decir ante todos que en Él tenemos la certidumbre a la hora de dar forma a la vida y de afrontar la muerte, la esperanza del bien definitivo para nosotros mismos, nuestros seres queridos y para todos.

Que nosotros, como personas libres, demos ahora este testimonio, sin subterfugios ni segundas intenciones, es un bien; que todos podamos siempre hacerlo, es un bien. Que crezcan las posibilidades de encuentro y de diálogo, con todas las riquezas y la diversidad de la humanidad de cada uno, es el camino de un futuro bueno para nuestra sociedad.

Por eso puede ser oportuno dar testimonio hoy de nuestra fe; lo que hacemos concretamente renovando juntos el gesto de nuestro reconocimiento y amor al Señor, y la petición al Padre de perdón por nuestras ofensas a su Hijo y a su Amor.

Queremos que resuene de nuevo, para nosotros mismos y para nuestros contemporáneos, la verdad de la Persona y de la obra del Señor Jesús, expresada en la Última Cena. Así, será posible conocerlo también en nuestro mundo de hoy; adherirse o no a Él en libertad, desde el propio corazón, con responsabilidad personal.

Porque, en cualquier caso, encontrarse con la realidad —en particular la del Evangelio— será siempre camino de libertad para todos. Mientras que no lo sería para nadie, en cambio, quedarse en un relato elaborado, no poder encontrarse más que con una interpretación producida desde ideologías diversas. Y tanto menor será la libertad, cuanto mayores los medios y el poder para imponer tales relatos como único modo —en la práctica— de acceder a la realidad, en este caso al Evangelio.

Así pues, también desde este punto de vista dar el propio testimonio de amor al Señor, de la verdad del Evangelio, tal como es y nos ha sido transmitido, es un servicio bueno. Ya que, de este modo, lo que ha sucedido y nos ha disgustado a muchos en la inauguración de los Juegos Olímpicos de París puede llegar a ser ocasión de diálogo real, de encuentro entre personas y culturas.

Para nosotros, en particular, es ocasión de acercarnos de nuevo al Señor, en medio de los desafíos y cuestionamientos, de los relatos y las imágenes que nos interpelan tan directamente.

Es ocasión de pedir ante el Santísimo Sacramento por nuestra fe, por su firmeza; para que sepamos dar forma a la vida, según la verdad que reconocemos ante Jesús Sacramentado; para que encontremos los modos y las palabras de vivir y decir la verdad del amor de Dios y del amor humano también hoy, en nuestras casas y familias, en nuestra sociedad, ante quien lo necesite.

Y es también ocasión para dar gracias de nuevo, para alabar y bendecir al Señor, que nos conduce como Maestro, Pastor y Amigo. Él nos ayuda a atravesar y a comprender las circunstancias de nuestra vida personal y social, hace desaparecer los miedos a la luz de su amor y de su verdad, nos dona una compañía buena para nuestro caminar, e incluso la gracia de saber abrirnos al encuentro y entablar el diálogo con los hombres de nuestro tiempo.

Él es nuestro consuelo, cotidiano y perenne; que nos otorgue la gracia de ser también nosotros presencia cercana y buena, consuelo para quien lo necesite; y siempre testigos de su amor y de su paz en nuestra tierra y en nuestro mundo.

+ Alfonso Carrasco Rouco
Obispo de Lugo

SECRETARÍA GENERAL

Nombramientos

- 16/06/24 Nelson Enrique Suárez Guillén
Administrador Parroquial de San Martiño de Quiroga, San Clodio de Ribas de Sil, Santiago de Augas Mestas, Santa María de Bendilló, Santa María de Cereixido, Santa Isabel de A Enciñeira, San Lourenzo de Nocado, Nosa Sra. das Neves de Nogueira, San Marcos de Paradaseca, San Martiño de Peites, San Cristovo de Piñeira, Santa Lucía de Rairos, Santa María de Sequeiros, Santiago de Soutordei, Santa María de Torbeo, Santo Antonio Vilanuíde y San Lourenzo de Vilarmel
- 25/06/24 Santiago Lillo Ortiz
Adscrito a Santa Eulalia de Losón
- 07/07/24 Ruben Ponce Díaz
Vicecanciller Diocesano
- 07/07/24 Ruben Ponce Díaz
Administrador parroquial de San Vicente de Rábade, San Xoán de Outeiro de Rei, San Martiño de Caboi, Santiago de Francos, Santiago de Gaioso, Santo Tomé de Gaioso y Santa Mariña de Rábade
- 30/07/24 José Antonio Adrio Carballude
Adscrito a Santa María da Regoa (con limitaciones)
- 30/07/24 Javier Dorante Leal
Vicario Parroquial de San Antonio de Padua de Lugo

- 04/08/24 Jesús José Vigo Martínez
Administrador parroquial de San Pedro de Vilalbite, San
Vicenzo de As Negradas y San Pedro de Anafreita
- 04/08/24 Manuel José Castro Gay
Administrador parroquial de San Estevo de Camoira,
San Martiño de Ombreiro y San Salvador de Outeiro

Ordenaciones

- 22/06/24 Presbiterado
Santiago Lillo Ortiz
S. I. Catedral B. de Santa María

Defunciones

- 21/06/24 D. Pegerto Fernández Varela
Jubilado
- 05/07/24 D. José López Fernández
Vicario de Segunda retirado (Castrense)
- 31/07/24 D. Pegerto Vázquez López
Sacerdote de Hombreiro
- 12/08/24 D. José Vázquez Vázquez
Jubilado

NECROLÓXICAS

Rvdo. D. Pegerto Fernández Varela

El Rvdo. D. Pegerto Fernández Varela nació en la Parroquia de San Miguel de Buciños (Carballedo) el día 21 de enero de 1929. Después de realizar los Estudios Eclesiásticos en el Seminario Diocesano de Lugo, recibió el Orden Sacerdotal de manos el Dr. D. Rafael Balanzá y Navarro el día 17 de mayo de 1953. En este mismo año es nombrado ecónomo de Santiago de Córneas (Baleira).

Desde el año 1959 es trasladado y nombrado ecónomo de Santa María de Nogueira (Chantada). Allí comenzó su actividad pastoral el día 12 enero de 1960 y ejerció casi toda su vida sacerdotal en esta parroquia. El 25 de marzo de este mismo año hizo el inventario del patrimonio parroquial y veló por su conservación.

Querido y apreciado por los fieles, se dedicó con fervor y magnanimidad a la cura pastoral, procurando que nunca les faltaran los ejercicios espirituales y las novenas, así como las preparaciones cuaresmales y de precepto y fomentando el cuidado del patrimonio eclesial con gran constancia y colaboración de los fieles. En el verano de 1965 colaboró como capellán de emigrantes en Suiza.

En Santa María de Nogueira construyó, con la ayuda de los feligreses, una nueva casa rectoral, y con la ayuda de la Diócesis, en el año 1971, colabora en la edificación del colegio de enseñanza primaria; fundó el centro social y teleclub y promovió numerosas iniciativas en las otras parroquias que también regentó, entre ellas, en San Vicente de Vilaúxe, unida a la de El Salvador de Vilaúxe y San Pedro de Herbedeiro, unida de San Esteban de Chouzán, de las que fue

nombrado administrador parroquial en el año 1988. Ejerció también de capellán de la Residencia de Ancianos en Chantada y desde 2016, por razones de salud, dejó el cuidado pastoral de las parroquias para vivir y colaborar pastoralmente en la citada residencia, donde era muy apreciado. Fallecía en la madrugada del día 21 de junio.

Su finura espiritual y estricta elegancia sacerdotal le hicieron merecedor de la amistad de los compañeros sacerdotes y de la veneración de los fieles.

El funeral por su eterno descanso se celebrará en la Iglesia de Santa Mariña Chantada, mañana sábado, 22 de junio a las 19,30.

El Obispo de la Diócesis, Mons. Alfonso Carrasco Rauco presidirá la celebración de las exequias.

Descanse en paz.

Rvdo. D. José López Fernández

El Rvdo. D. José López Fernández nació en la Parroquia de San Esteban de Cartelas, en el municipio de Carballido, el día 29 de febrero de 1932. Después de realizar los Estudios Eclesiásticos en el Seminario Diocesano de Lugo, fue ordenado sacerdote el día 28 de junio de 1959 por el Dr. D. Antonio Ona de Echave, siendo este Obispo Auxiliar de la Diócesis de Lugo.

En ese mismo año es nombrado ecónomo de Santa María de Villamane, en el municipio de Becerreá.

En agosto de 1961 es nombrado también ecónomo de San Pedro de Río y encargado de San Julián de Freijo (A Fonsagrada).

En el año 1965 ingresa en el Cuerpo de Capellanes de la Armada Española como capellán castrense, donde desarrolla su trabajo pastoral hasta el momento de su jubilación .

Fallece el día 5 de agosto del año 2024. Descanse en paz.

Rvdo. D. Pegerto Vázquez López

El Rvdo. D. Pegerto Vázquez López nació en la parroquia de El Salvador de Río (Ourense) el día 26 de mayo de 1940.

Después de realizar los estudios eclesiásticos en el Seminario de Lugo fue ordenado sacerdote por el Dr. D. Antonio Ona de Echave en el año 1964. En este mismo año es nombrado ecónomo de San Miguel de Senande y dos años después de San Juan de Becerreá. En estas fechas también es nombrado arcipreste de Ferreiros de Valboa en los concellos de Becerreá, As Nogais y Piedrafita.

Con posterioridad, realiza los estudios de Filosofía y Letras en la Universidad Pontificia de Comillas y ejerce, ya en Lugo, como profesor de Filosofía y Latín en el Colegio de las MM Josefinas.

Comparte los trabajos de la enseñanza con la tarea pastoral en las parroquias de San Martín de Hombreiro, San Esteban de Camoira y San Juan de Parada.

En el año 2005 se le encomiendan también las parroquias de El Salvador de Outeiro y San Pedro de Villalvite.

Era un sacerdote muy conocido, querido y respetado en la ciudad no solamente porque presidía la santa misa de las 12.00 en la S. I. Catedral, desde hace unos años, sino también por su valía personal y por la cercanía geográfica de sus parroquias a la ciudad donde él ejercía como profesor.

El pasado jueves, 1 de agosto, tuvo lugar la inhumación de sus restos mortales en su parroquia natal de la provincia de Ourense.

Nota: El lunes 5 de agosto, el Sr. Obispo de la Diócesis, Alfonso Carrasco Rouco, presidió la Santa Misa de funeral en la Santa Iglesia Catedral a las 12.00 horas.

Descanse en paz.

Rvdo. D. José Vázquez Vázquez

El Rvdo. D. José Vázquez Vázquez nació en la Parroquia de Santa María de Castelo (Taboada) el día 20 de agosto de 1931. En el año 1943 ingresa, con 64 compañeros, en el Seminario Diocesano de Lugo para realizar los Estudios Eclesiásticos. Finalizados los estudios, es ordenado sacerdote por el Dr. D. Rafael Balanzá y Navarro el día 24 de julio de 1955.

El día 19 de octubre del año 1956 es nombrado Ecónomo de Santa María de Balboa y San Pedro de Guillén (anejo de Ferreiros). En su libro autobiográfico *«Genealogía e memorias de un cura rural»* (La Voz de la Verdad, Lugo, 2008) describe con todo detalle sus primeras experiencias pastorales y el primer nombramiento: *«Pasado un ano e pico esperando o nombramiento, cumplíase a miña esperanza. Acompañado do, entónces, Cura de San Julián e Castelo, D. Ramón Serrapio Gil, despois de pernoctar en Lugo, as oito da mañá, collemos o coche da empresa La Directa, en dirección a Becerreá, para logo alquilar un coche que nos acercara a Ferreiros de Balboa»*. Recuerda, de su primera parroquia, la buena acogida por parte de los compañeros y feligreses así como el ejercicio del magisterio y la compañía de su madre. En 1959 es nombrado Ecónomo de Santiago de Doncos, experiencia que recuerda también con cariño al tiempo que se dedicaba al estudio y al deporte, a los cursillos de cristiandad, a la concentración parcelaria, a las traídas de agua y al estreno de su primer coche en el año 1964. Destaca en este tiempo, una misión realizada en toda la comarca, patrocinada por el Cardenal Arriba y Castro y predicada por los sacerdotes seculares el Padre Prado y Argimiro Hidalgo.

En el año 1968 comienza una nueva etapa en San Vicente de Pombeiro y San Esteban de Atán (Ferreira de Pantón). Allí le recibe D. Nicanor Rielo, compañero del Seminario y capellán del Poblado de Fenosa. A este respecto afirma: *«A verdá é que en Pombeiro vivín feliz, durante vinteún anos, a plenitude do meu sacerdocio»*. Las actividades pastorales fueron muchas: clases de religión en el Colegio de Ferreira de Pantón, la Escolanía, el cultivo de flores y frutos del

huerto en invernaderos con la ayuda de los vecinos, de tal manera que la prensa de entonces se hizo eco de la noticia: *«San Vicente de Pombeiro, primera parroquia en cultivos de huerta en invernadero»*.

En 1989 es nombrado Párroco de El Salvador de Villasante (Escairón, municipio de O Saviñao), San Martín de Acoba y de Santa Eulalia de Licín. En 1995 fue nombrado también Arcipreste de Saviñao cargo que ejerció hasta el año 2005. En 1996 se le encargan también la parroquia de San Lourenzo de Fión. El día 14 de enero de 1990 iniciaba su labor pastoral en O Saviñao. Tenía 58 años. Era presentado por el Obispo Fr. José Gómez. Desde el punto de vista testimonial debe destacarse el hecho de la vida en común de cuatro sacerdotes en la rectoral de Escairón: D. Ramón Novoa, D. Manuel Pérez, D. Valentín Pardo y D. José. Para ello se reformó la vivienda y se construyó un salón parroquial. Fue una experiencia cargada de numerosos bienes pastorales. Era casa de acogida para otros sacerdotes, de encuentros de fraternidad sacerdotal, y fuente de felicidad para los fieles y los sacerdotes. Ante el temor de la dificultad para la convivencia de los cuatro sacerdotes en la casa rectoral, el lema del grupo, fue acuñado de una expresión de D. Ramón Novo que siempre que les visitaba el Obispo le saludaba con la siguiente expresión: *«Esto funciona, Sr. Obispo»*.

Hay que destacar además las numerosas actividades realizadas en la parroquia por iniciativa de D. José: el coro parroquial y las Cáritas Parroquiales, las catequesis, los coloquios Fe-cultura, los movimientos apostólicos (Cursillos de Cristiandad, Talleres de Oración y Vida y Vida Ascendente), la preparación para los sacramentos, las novenas, etc.

Desde el punto de vista de su vocación de constructor también queda para la historia el gran esfuerzo realizado para la construcción del retablo pétreo, con finalidad catequética, finalizado en diciembre de 1999 e inaugurado y bendecido por el Obispo Fr. José Gómez.

En palabras de D. Jaime Delgado, D. José fue un sacerdote de gran formación humanística. Como escritor e historiador, además de la

obra citada, publicó un libro de homilías y tuvo el mérito de recoger nombres de aperos de labranza, topónimos menores y objetos diversos, fraseologías metafóricas y su propia normativa lingüística en relación con la comarca.

Que el Señor le premie tanto trabajo y tanto buen hacer pastoral. Que descanse en paz.

Nota: El funeral por su eterno descanso, presidido por el Obispo Dr. D. Alfonso Carrasco, tiene lugar el día 13 de agosto, martes, en la Parroquia de El Buen Pastor de la ciudad de Lugo.

- Nota y rueda de prensa final de la 267ª reunión de la Comisión Permanente

Nota y rueda de prensa final de la 267^a reunión de la Comisión Permanente

La Comisión Permanente ha celebrado su 267.^a reunión los días 2 y 3 de julio en la sede de la Conferencia Episcopal Española (CEE), en Madrid. Ha sido la primera reunión de la Permanente tras la renovación de cargos en la Plenaria de marzo.

El secretario general de la CEE, Mons. Francisco César García Magán, informa en rueda de prensa, el jueves 4 de julio, sobre los trabajos de esta Permanente.

Plan de reparación integral de víctimas de abusos sexuales en el ámbito de la Iglesia

La Comisión Permanente ha estudiado el «Plan de Reparación Integral a las Víctimas de Abusos sexuales a menores y personas equiparadas en derecho» (PRIVA). En el diálogo ha participado, junto a los obispos, el secretario general de la Conferencia Española de Religiosos (CONFER), Hno. Jesús Miguel Zamora, FSC.

La Permanente ha estudiado el Plan y ha realizado diversas aportaciones que se han incorporado al texto. Se le ha dado el visto bueno y se ha aprobado su pase a estudio en la próxima Asamblea Plenaria.

Para ello, la Comisión Permanente ha acordado convocar una Asamblea Plenaria extraordinaria, que tendrá lugar el próximo martes 9 de julio, con el fin de que todos los obispos conozcan el texto definitivo y, si procede, den su aprobación.

El PRIVA ha sido elaborado por el Servicio de Asesoramiento de las Oficinas para la protección de menores, y ha ido incorporando las observaciones de los obispos en sus distintas reuniones; las ideas recogidas en el Mensaje al Pueblo de Dios «Enviados a acoger, sanar y reconstruir» (Plenaria noviembre 2023); las indicaciones del Consejo Episcopal de Asuntos Jurídicos; del órgano de Compliance de la Conferencia Episcopal; y de la CONFER.

El Plan está orientado a la reparación integral de las víctimas de abusos sexuales en el ámbito de la Iglesia, principalmente en los que ha fallecido el victimario o el caso ha prescrito, para ofrecer una reparación adecuada que responda a la demanda que cada caso particular requiere.

Implementación de los criterios para la reforma de los seminarios en España

El presidente de la Subcomisión Episcopal para los Seminarios, Mons. Jesús Vidal, ha llevado a la reunión de la Permanente el borrador del Plan de aplicación de los criterios para la reforma de los seminarios en España.

La base de este borrador es el documento «Algunos criterios para la actualización de la formación sacerdotal inicial en los seminarios mayores de las Iglesias particulares que conforman la Conferencia Episcopal Española», que recibieron los obispos españoles en su encuentro, del pasado 28 de noviembre, con el Papa y el Dicasterio para el Clero.

Los miembros de la Comisión Permanente han valorado el documento y han realizado sus aportaciones. El documento será estudiado en la próxima Asamblea Plenaria de noviembre.

Propuesta de la Comisión Episcopal para la Doctrina de la Fe

Por su parte, el presidente de la Comisión Episcopal para la Doctrina de la Fe, Mons. Francisco Conesa, ha propuesto la redacción de una Declaración con ocasión del 1700.º aniversario del Concilio de Nicea, como una invitación a renovar la fe de Nicea. Esta Declaración se realizaría en el ámbito de una celebración ecuménica basada en el Credo, coordinada con la Subcomisión Episcopal para las Relaciones Interconfesionales y el Diálogo Interreligioso.

Además, ha compartido una reflexión sobre el papel de la CEE en el proceso de discernimiento de fenómenos sobrenaturales y apariciones a la luz del documento del Dicasterio para la Doctrina de la Fe titulado «Normas para proceder en el discernimiento de presuntos fenómenos sobrenaturales» a fin de determinar cuál sería el organismo competente de la CEE para intervenir en dichos casos.

Dos eventos eclesiales en 2025: Congreso Nacional de Vocaciones y Jubileo

El secretario técnico de la Comisión de la Conferencia Episcopal Española para el Jubileo 2025, Francisco Romero, ha explicado en la Permanente los objetivos y actividades que se están llevando a cabo, en relación con los responsables diocesanos y la Santa Sede, de cara al Jubileo 2025, que ha convocado el papa Francisco.

Además, el presidente de la CEE, Mons. Luis Argüello, como responsable del Servicio de Pastoral Vocacional, ha presentado un informe sobre la preparación del Congreso Nacional de Vocaciones «¿Para quién soy? Asamblea de llamados a la misión», que va a tener lugar en Madrid del 7 al 9 de febrero de 2025.

En la página web del Congreso (<https://paraquiensoy.com/>) se están actualizando los materiales del congreso y ya están disponibles los recursos que se ofrecen a las diócesis para estos meses previos de preparación: el documento de trabajo y cuatro fichas para el discernimiento.

Otros temas del orden del día

La Permanente ha dado su visto bueno al calendario de los órganos de la CEE para el año 2025: los ejercicios espirituales de los obispos serán del 12 al 18 de enero. Las Asambleas Plenarias, del 31 de marzo al 4 de abril y del 17 al 21 de noviembre. La Comisión Permanente se reunirá los días 25 y 26 de febrero, 17 y 18 de junio, y 30 de septiembre y 1 de octubre.

Como es habitual, la Permanente ha recibido información sobre distintos temas de seguimiento y económicos; además del capítulo de nombramientos.

Nombramientos

La Comisión Permanente ha nombrado al presidente y al vicepresidente de la Comisión Episcopal para el Clero y Seminarios, Mons. Jesús Pulido y Mons. Jesús Vidal, respectivamente, nuevos patronos de la Fundación Mater Clementissima.

Además, ha nombrado:

- Mons. José Rico Pavés, obispo de Jerez de la Frontera, como nuevo consiliario nacional de la asociación «Adoración Nocturna Española» (ANE).
- Mons. Antonio Prieto Lucena, obispo de Alcalá de Henares, como nuevo consiliario nacional del movimiento «Cursillos de Cristiandad».

Como es habitual después de la Asamblea Plenaria de renovación de cargos, la Comisión Permanente ha renovado el nombramiento por un periodo de cuatro años, a los directores de secretariados de las siguientes Comisiones y Subcomisiones Episcopales.

- José María Calderón Castro, como director del secretariado de la Comisión Episcopal para las Misiones y Cooperación entre las Iglesias.
- Fernando Fuentes Alcántara, como director del secretariado de la Comisión Episcopal para la Pastoral Social y la Promoción Humana.

- Miguel Garrigós Domínguez, como director del secretariado de la Subcomisión Episcopal para la Familia y la Defensa de la Vida.
- Juan Carlos Mateos González, como director del secretariado de la Comisión Episcopal para el Clero y Seminarios.
- Ramón Navarro Gómez, director del secretariado de la Comisión Episcopal para la Liturgia.
- Francisco Julián Romero Galván, como director del secretariado de la Comisión Episcopal para la Evangelización, Catequesis y Catecumenado.
- Luis Manuel Romero Sánchez, como director del secretariado de la Comisión Episcopal para los Laicos, la Familia y la Vida.
- Hna. María José Tuñón Calvo, ACI, como directora del secretariado de la Comisión Episcopal para la Vida Consagrada.
- Rafael Vázquez Jiménez, como director del secretariado de la Comisión Episcopal para la Doctrina de la Fe (1.º cuatrienio) y de la Subcomisión Episcopal para las Relaciones Interconfesionales y el Diálogo Interreligioso.
- José Gabriel Vera Beorlegui, como director del secretariado de la Comisión Episcopal para las Comunicaciones Sociales.
- Pablo Delclaux de Müller, como director del secretariado de la Subcomisión Episcopal para el Patrimonio Cultural.
- María Francisca Sánchez Vara, como directora del secretariado de la Subcomisión Episcopal para las Migraciones y Movilidad Humana.
- Raúl Tinajero Ramírez, como director del secretariado de la Subcomisión Episcopal para la Juventud e Infancia.
- Fernando Lozano Pérez, como secretario técnico del Consejo Episcopal de Asuntos Jurídicos.
- Jesús Miguel López Nieto, director del departamento jurídico civil del Consejo Episcopal de Asuntos Jurídicos.

También se han nombrado nuevos directores de secretariados y departamentos de algunas Comisiones y Subcomisiones Episcopales

- Antonio Roura Javier, laico de la diócesis de Getafe, nuevo director del secretariado de la Comisión Episcopal para la Educación y Cultura.
- Román Ángel Pardo Manrique, sacerdote de la archidiócesis de Burgos, director del secretariado de la Subcomisión Episcopal para la Acción Caritativa y Social.
- Florentino Pérez Vaquero, sacerdote de la diócesis de Zamora, director del secretariado de la Subcomisión Episcopal para los Seminarios.
- P. Eduardo Agosta Scarel, O. Carm, como director del departamento de Ecología Integral de la Conferencia Episcopal Española.

Nuevos consejeros de la Biblioteca de Autores Cristianos

La Comisión Permanente también ha nombrado cinco nuevos consejeros de la Biblioteca de Autores Cristianos (BAC), tras finalizar el mandato de sus anteriores miembros:

- Vicente Botella Cubells OP, catedrático y vicedecano de Facultad de Teología de San Vicente Ferrer de Valencia.
- José Antonio García Lorente, laico de la diócesis de Cartagena, profesor titular de Filosofía de la Universidad de Murcia.
- Ignasi Xavier Fuster Camp, sacerdote de la archidiócesis de Barcelona, decano de la Facultad de Filosofía del Ateneo Sant Pacià.
- Julio Luis Martínez Martínez SJ, profesor de la Facultad de Teología de la Universidad Pontificia Comillas.
- Emilio José Justo Domínguez, sacerdote de Zamora, profesor de la Facultad de Teología de la Universidad Pontificia de Salamanca.

Otros nombramientos

- Manuel Bretón Romero, laico del arzobispado castrense, renovado como presidente de Cáritas Española.
- Natalia Peiro Pérez, laica de la archidiócesis de Madrid, renovada como secretaria general de Cáritas Española.
- José M.^a Pérez-Mosso Nenninger, laico de la diócesis de Getafe, como presidente nacional de la asociación «Adoración Nocturna Española» (ANE).
- Francisco Javier Ramírez de Nicolás, sacerdote de la diócesis de Osma-Soria, como asesor espiritual de la asociación «Renovación Carismática Católica de España» (RCCE).
- Omar de la Sierra Martín, laico de la archidiócesis de Valladolid, como presidente de «Scouts de Castilla y León-MSc».
- Juan Gomendio Souchard-Breteau, sacerdote de la diócesis de Ávila, como consiliario de «Scouts de Castilla y León-MSc».
- María Ángela Melero Camarero, laica de la archidiócesis de Valladolid, como presidenta nacional de la «Confederación Católica Nacional de Padres de Familia y Padres de Alumnos» (CONCAPA).
- María del Rosario Bartolomé Matesanz, laica de la archidiócesis de Burgos, reelegida como presidenta nacional de la «Adoración Real, Perpetua y Universal del Santísimo Sacramento» (ARPU).
- María Antonia Caselles Bonet, laica de la diócesis de Bilbao, como presidenta nacional de la asociación pública de fieles «Ciegos Españoles Católicos» (CECO).
- Rafael María León León, O.C.D, sacerdote de la orden del Carmen, como consiliario nacional de la asociación pública de fieles «Ciegos Españoles Católicos» (CECO).
- Carlos González Paniagua, sacerdote de la archidiócesis de Madrid, como viceconsiliario de «Manos Unidas».

- Cristina Vargas Menacho, laica de la diócesis de Jerez de la Frontera, como presidenta de la «Federación de Scouts Católicos de Andalucía».
- Pilar García Martínez, laica de la diócesis de Getafe, como presidenta de la «Asociación de Caridad de San Vicente de Paúl» (AIC).
- Ramón Yzquierdo Peiró, como nuevo presidente de la asociación de Museólogos de la Iglesia en España (AMIE).
- Carlos Raimundo Córdoba Ortega, laico de la diócesis de Ciudad Real, reelegido como presidente de «OCASHA Laicado Misionero».



- *Spes non confundit*. Bula de convocación del Jubileo Ordinario del año 2025
- Sobre la concesión de la Indulgencia durante el Jubileo Ordinario del año 2025 convocado por Su Santidad el Papa Francisco
- Discurso del Santo Padre Francisco en la sesión del G7 sobre inteligencia artificial

Santo Padre Francisco

Spes non confundit

Bula de convocación del Jubileo Ordinario del año 2025

FRANCISCO. Obispo de Roma
Siervo de los Siervos de Dios

a cuantos lean esta carta la esperanza les colme el corazón

1. «*Spes non confundit*», «la esperanza no defrauda» (Rm 5, 5). Bajo el signo de la esperanza el apóstol Pablo infundía aliento a la comunidad cristiana de Roma. La esperanza también constituye el mensaje central del próximo Jubileo, que según una antigua tradición el Papa convoca cada veinticinco años. Pienso en todos los peregrinos de esperanza que llegarán a Roma para vivir el Año Santo y en cuantos, no pudiendo venir a la ciudad de los apóstoles Pedro y Pablo, lo celebrarán en las Iglesias particulares. Que pueda ser para todos un momento de encuentro vivo y personal con el Señor Jesús, «puerta» de salvación (cf. Jn 10, 7.9); con Él, a quien la Iglesia tiene la misión de anunciar siempre, en todas partes y a todos como «nuestra esperanza» (1Tm 1, 1).

Todos esperan. En el corazón de toda persona anida la esperanza como deseo y expectativa del bien, aun ignorando lo que traerá con-

sigo el mañana. Sin embargo, la imprevisibilidad del futuro hace surgir sentimientos a menudo contrapuestos: de la confianza al temor, de la serenidad al desaliento, de la certeza a la duda. Encontramos con frecuencia personas desanimadas, que miran el futuro con escepticismo y pesimismo, como si nada pudiera ofrecerles felicidad. Que el Jubileo sea para todos ocasión de reavivar la esperanza. La Palabra de Dios nos ayuda a encontrar sus razones. Dejémoslos conducir por lo que el apóstol Pablo escribió precisamente a los cristianos de Roma.

Una Palabra de esperanza

2. «Justificados, entonces, por la fe, estamos en paz con Dios, por medio de nuestro Señor Jesucristo. Por él hemos alcanzado, mediante la fe, la gracia en la que estamos afianzados, y por él nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios. [...] Y la esperanza no quedará defraudada, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo, que nos ha sido dado» (Rm 5, 1-2.5). Los puntos de reflexión que aquí nos propone san Pablo son múltiples. Sabemos que la Carta a los Romanos marca un paso decisivo en su actividad de evangelización. Hasta ese momento la había realizado en el área oriental del Imperio y ahora lo espera Roma, con todo lo que esta representa a los ojos del mundo: un gran desafío, que debe afrontar en nombre del anuncio del Evangelio, el cual no conoce barreras ni confines. La Iglesia de Roma no había sido fundada por Pablo, pero él sentía vivo el deseo de llegar allí pronto para llevar a todos el Evangelio de Jesucristo, muerto y resucitado, como anuncio de la esperanza que realiza las promesas, conduce a la gloria y, fundamentada en el amor, no defrauda.

3. La esperanza efectivamente nace del amor y se funda en el amor que brota del Corazón de Jesús traspasado en la cruz: «Porque si siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, mucho más ahora que estamos reconciliados, seremos salvados por su vida» (Rm 5, 10). Y su vida se manifiesta en nuestra vida de fe,

que empieza con el Bautismo; se desarrolla en la docilidad a la gracia de Dios y, por tanto, está animada por la esperanza, que se renueva siempre y se hace inquebrantable por la acción del Espíritu Santo.

En efecto, el Espíritu Santo, con su presencia perenne en el camino de la Iglesia, es quien irradia en los creyentes la luz de la esperanza. Él la mantiene encendida como una llama que nunca se apaga, para dar apoyo y vigor a nuestra vida. La esperanza cristiana, de hecho, no engaña ni defrauda, porque está fundada en la certeza de que nada ni nadie podrá separarnos nunca del amor divino: «¿Quién podrá entonces separarnos del amor de Cristo? ¿Las tribulaciones, las angustias, la persecución, el hambre, la desnudez, los peligros, la espada? [...] Pero en todo esto obtenemos una amplia victoria, gracias a aquel que nos amó. Porque tengo la certeza de que ni la muerte ni la vida, ni los ángeles ni los principados, ni lo presente ni lo futuro, ni los poderes espirituales, ni lo alto ni lo profundo, ni ninguna otra criatura podrá separarnos jamás del amor de Dios, manifestado en Cristo Jesús, nuestro Señor» (Rm 8, 35.37-39). He aquí porqué esta esperanza no cede ante las dificultades: porque se fundamenta en la fe y se nutre de la caridad, y de este modo hace posible que sigamos adelante en la vida. San Agustín escribe al respecto: «Nadie, en efecto, vive en cualquier género de vida sin estas tres disposiciones del alma: las de creer, esperar, amar». [1]

4. San Pablo es muy realista. Sabe que la vida está hecha de alegrías y dolores, que el amor se pone a prueba cuando aumentan las dificultades y la esperanza parece derrumbarse frente al sufrimiento. Con todo, escribe: «Más aún, nos gloriamos hasta de las mismas tribulaciones, porque sabemos que la tribulación produce la constancia; la constancia, la virtud probada; la virtud probada, la esperanza» (Rm 5, 3-4). Para el Apóstol, la tribulación y el sufrimiento son las condiciones propias de los que anuncian el Evangelio en contextos de incomprensión y de persecución (cf. 2Co 6, 3-10). Pero en tales situaciones, en medio de la oscuridad se percibe una luz; se descubre cómo lo que sostiene la evangelización es la fuerza que brota de la cruz y de la resurrección de Cristo. Y eso lleva a desarrollar

una virtud estrechamente relacionada con la esperanza: la *paciencia*. Estamos acostumbrados a quererlo todo y de inmediato, en un mundo donde la prisa se ha convertido en una constante. Ya no se tiene tiempo para encontrarse, y a menudo incluso en las familias se vuelve difícil reunirse y conversar con tranquilidad. La paciencia ha sido relegada por la prisa, ocasionando un daño grave a las personas. De hecho, ocupan su lugar la intolerancia, el nerviosismo y a veces la violencia gratuita, que provocan insatisfacción y cerrazón.

Asimismo, en la era del *internet*, donde el espacio y el tiempo son suplantados por el «aquí y ahora», la paciencia resulta extraña. Si aun fuésemos capaces de contemplar la creación con asombro, comprenderíamos cuán esencial es la paciencia. Aguardar el alternarse de las estaciones con sus frutos; observar la vida de los animales y los ciclos de su desarrollo; tener los ojos sencillos de san Francisco que, en su *Cántico de las criaturas*, escrito hace 800 años, veía la creación como una gran familia y llamaba al sol «hermano» y a la luna «hermana» [2]. Redescubrir la paciencia hace mucho bien a uno mismo y a los demás. San Pablo recurre frecuentemente a la paciencia para subrayar la importancia de la perseverancia y de la confianza en aquello que Dios nos ha prometido, pero sobre todo testimonia que Dios es paciente con nosotros, porque es «el Dios de la constancia y del consuelo» (Rm 15, 5). La paciencia, que también es fruto del Espíritu Santo, mantiene viva la esperanza y la consolida como virtud y estilo de vida. Por lo tanto, aprendamos a pedir con frecuencia la gracia de la paciencia, que es hija de la esperanza y al mismo tiempo la sostiene.

Un camino de esperanza

5. Este entretejido de esperanza y paciencia muestra claramente cómo la vida cristiana es *un camino*, que también necesita *momentos fuertes* para alimentar y robustecer la esperanza, compañera insustituible que permite vislumbrar la meta: el encuentro con el Señor Jesús. Me agrada pensar que fue justamente un itinerario de gra-

cia, animado por la espiritualidad popular, el que precedió la convocatoria del primer Jubileo en el año 1300. De hecho, no podemos olvidar las distintas formas por medio de las cuales la gracia del perdón ha sido derramada con abundancia sobre el santo Pueblo fiel de Dios. Recordemos, por ejemplo, el gran «perdón» que san Celestino V quiso conceder a cuantos se dirigían a la Basílica Santa María de Collemaggio, en L'Aquila, durante los días 28 y 29 de agosto de 1294, seis años antes de que el Papa Bonifacio VIII instituyese el Año Santo. Así pues, la Iglesia ya experimentaba la gracia jubilar de la misericordia. E incluso antes, en el año 1216, el Papa Honorio III había acogido la súplica de san Francisco que pedía la indulgencia para cuantos fuesen a visitar la Porciúncula durante los dos primeros días de agosto. Lo mismo se puede afirmar para la peregrinación a Santiago de Compostela; en efecto, el Papa Calixto II, en 1122, concedió que se celebrara el Jubileo en ese Santuario cada vez que la fiesta del apóstol Santiago coincidiese con el domingo. Es bueno que esa modalidad «extendida» de celebraciones jubilares continúe, de manera que la fuerza del perdón de Dios sostenga y acompañe el camino de las comunidades y de las personas.

No es casual que la *peregrinación* exprese un elemento fundamental de todo acontecimiento jubilar. Ponerse en camino es un gesto típico de quienes buscan el sentido de la vida. La peregrinación a pie favorece mucho el redescubrimiento del valor del silencio, del esfuerzo, de lo esencial. También el año próximo los *peregrinos de esperanza* recorrerán caminos antiguos y modernos para vivir intensamente la experiencia jubilar. Además, en la misma ciudad de Roma habrá otros itinerarios de fe que se añadirán a los ya tradicionales de las catacumbas y las siete iglesias. Transitar de un país a otro, como si se superaran las fronteras, pasar de una ciudad a la otra en la contemplación de la creación y de las obras de arte permitirá atesorar experiencias y culturas diferentes, para conservar dentro de sí la belleza que, armonizada por la oración, conduce a agradecer a Dios por las maravillas que Él realiza. Las iglesias jubilares, a lo largo de los itinerarios y en la misma Urbe, podrán ser oasis de espiritualidad en los cuales revitalizar el camino de la fe y

beber de los manantiales de la esperanza, sobre todo acercándose al sacramento de la Reconciliación, punto de partida insustituible para un verdadero camino de conversión. Que en las Iglesias particulares se cuide de modo especial la preparación de los sacerdotes y de los fieles para las confesiones y el acceso al sacramento en su forma individual.

A los fieles de las Iglesias orientales, en especial a aquellos que ya están en plena comunión con el Sucesor de Pedro, quiero dirigir una invitación particular a esta peregrinación. Ellos, que han sufrido tanto por su fidelidad a Cristo y a la Iglesia, muchas veces hasta la muerte, deben sentirse especialmente bienvenidos a esta Roma que es Madre también para ellos y que custodia tantas memorias de su presencia. La Iglesia católica, que está enriquecida por sus antiquísimas liturgias, por la teología y la espiritualidad de los Padres, monjes y teólogos, quiere expresar simbólicamente la acogida a ellos y a sus hermanos y hermanas ortodoxos, en una época en la que ya están viviendo la peregrinación del Vía crucis; con la que frecuentemente son obligados a dejar sus tierras de origen, sus tierras santas, de las que la violencia y la inestabilidad los expulsan hacia países más seguros. Para ellos la experiencia de ser amados por la Iglesia —que no los abandonará, sino que los seguirá adondequiera que vayan— hace todavía más fuerte el signo del Jubileo.

6. El Año Santo 2025 está en continuidad con los acontecimientos de gracia precedentes. En el último Jubileo ordinario se cruzó el umbral de los dos mil años del nacimiento de Jesucristo. Luego, el 13 de marzo de 2015, convoqué un Jubileo extraordinario con la finalidad de manifestar y facilitar el encuentro con el «Rostro de la misericordia» de Dios [3], anuncio central del Evangelio para todas las personas de todos los tiempos. Ahora ha llegado el momento de un nuevo Jubileo, para abrir de par en par la Puerta Santa una vez más y ofrecer la experiencia viva del amor de Dios, que suscita en el corazón la esperanza cierta de la salvación en Cristo. Al mismo tiempo, este Año Santo orientará el camino hacia otro aniversario fundamental para todos los cristianos: en el 2033 se celebrarán

los dos mil años de la Redención realizada por medio de la pasión, muerte y resurrección del Señor Jesús. Nos encontramos así frente a un itinerario marcado por grandes etapas, en las que la gracia de Dios precede y acompaña al pueblo que camina entusiasta en la fe, diligente en la caridad y perseverante en la esperanza (cf. 1Ts 1, 3).

Apoyado en esta larga tradición y con la certeza de que este Año jubilar será para toda la Iglesia una intensa experiencia de gracia y de esperanza, dispongo que la Puerta Santa de la Basílica de San Pedro, en el Vaticano, se abra a partir del 24 de diciembre del corriente año 2024, dando inicio así al Jubileo ordinario. El domingo sucesivo, 29 de diciembre de 2024, abriré la Puerta Santa de la Catedral de San Juan de Letrán, que el 9 de noviembre de este año celebrará los 1700 años de su dedicación. A continuación, el 1 de enero de 2025, solemnidad de Santa María, Madre de Dios, se abrirá la Puerta Santa de la Basílica papal de Santa María la Mayor. Y, por último, el domingo 5 de enero se abrirá la Puerta Santa de la Basílica papal de San Pablo extramuros. Estas últimas tres Puertas Santas se cerrarán el domingo 28 de diciembre del mismo año.

Establezco además que el domingo 29 de diciembre de 2024, en todas las catedrales y concatedrales, los obispos diocesanos celebren la Eucaristía como apertura solemne del Año jubilar, según el Ritual que se preparará para la ocasión. En el caso de la celebración en una iglesia concatedral el obispo podrá ser sustituido por un delegado designado expresamente para ello. Que la peregrinación desde una iglesia elegida para la *collectio*, hacia la catedral, sea el signo del camino de esperanza que, iluminado por la Palabra de Dios, une a los creyentes. Que en ella se lean algunos pasajes del presente Documento y se anuncie al pueblo la indulgencia jubilar, que podrá obtenerse según las prescripciones contenidas en el mismo Ritual para la celebración del Jubileo en las Iglesias particulares. Durante el Año Santo, que en las Iglesias particulares finalizará el domingo 28 de diciembre de 2025, ha de procurarse que el Pueblo de Dios acoja, con plena participación, tanto el anuncio de esperanza de la gracia de Dios como los signos que atestiguan su eficacia.

El Jubileo ordinario se clausurará con el cierre de la Puerta Santa de la Basílica papal de San Pedro en el Vaticano el 6 de enero de 2026, Epifanía del Señor. Que la luz de la esperanza cristiana pueda llegar a todas las personas, como mensaje del amor de Dios que se dirige a todos. Y que la Iglesia sea testigo fiel de este anuncio en todas partes del mundo.

Signos de esperanza

7. Además de alcanzar la esperanza que nos da la gracia de Dios, también estamos llamados a redescubrirla en los *signos de los tiempos* que el Señor nos ofrece. Como afirma el Concilio Vaticano II, «es deber permanente de la Iglesia escrutar a fondo los signos de la época e interpretarlos a la luz del Evangelio, de forma que, acomodándose a cada generación, pueda la Iglesia responder a los perennes interrogantes de la humanidad sobre el sentido de la vida presente y de la vida futura y sobre la mutua relación de ambas». [4] Por ello, es necesario poner atención a todo lo bueno que hay en el mundo para no caer en la tentación de considerarnos superados por el mal y la violencia. En este sentido, los signos de los tiempos, que contienen el anhelo del corazón humano, necesitado de la presencia salvífica de Dios, requieren ser transformados en signos de esperanza.

8. Que el primer signo de esperanza se traduzca en paz para el mundo, el cual vuelve a encontrarse sumergido en la tragedia de la *guerra*. La humanidad, desmemoriada de los dramas del pasado, está sometida a una prueba nueva y difícil cuando ve a muchas poblaciones oprimidas por la brutalidad de la violencia. ¿Qué más les queda a estos pueblos que no hayan sufrido ya? ¿Cómo es posible que su grito desesperado de auxilio no impulse a los responsables de las Naciones a querer poner fin a los numerosos conflictos regionales, conscientes de las consecuencias que puedan derivarse a nivel mundial? ¿Es demasiado soñar que las armas callen y dejen de causar destrucción y muerte? Dejemos que el Jubileo nos recuerde que los que «trabajan por la paz» podrán ser «llamados hijos de Dios» (Mt

5,9). La exigencia de paz nos interpela a todos y urge que se lleven a cabo proyectos concretos. Que no falte el compromiso de la diplomacia por construir con valentía y creatividad espacios de negociación orientados a una paz duradera.

9. Mirar el futuro con esperanza también equivale a tener una visión de la vida llena de entusiasmo para compartir con los demás. Sin embargo, debemos constatar con tristeza que en muchas situaciones falta esta perspectiva. La primera consecuencia de ello es *la pérdida del deseo de transmitir la vida*. A causa de los ritmos frenéticos de la vida, de los temores ante el futuro, de la falta de garantías laborales y tutelas sociales adecuadas, de modelos sociales cuya agenda está dictada por la búsqueda de beneficios más que por el cuidado de las relaciones, se asiste en varios países a una preocupante *disminución de la natalidad*. Por el contrario, en otros contextos, «culpar al aumento de la población y no al consumismo extremo y selectivo de algunos es un modo de no enfrentar los problemas». [5]

La apertura a la vida con una maternidad y paternidad responsables es el proyecto que el Creador ha inscrito en el corazón y en el cuerpo de los hombres y las mujeres, una misión que el Señor confía a los esposos y a su amor. Es urgente que, además del compromiso legislativo de los estados, haya un apoyo convencido por parte de las comunidades creyentes y de la comunidad civil tanto en su conjunto como en cada uno de sus miembros, porque el *deseo de los jóvenes de engendrar nuevos hijos e hijas*, como fruto de la fecundidad de su amor, da una perspectiva de futuro a toda sociedad y es un motivo de esperanza: porque depende de la esperanza y produce esperanza.

La comunidad cristiana, por tanto, no se puede quedar atrás en su apoyo a la necesidad de *una alianza social para la esperanza*, que sea inclusiva y no ideológica, y que trabaje por un porvenir que se caracterice por la sonrisa de muchos niños y niñas que vendrán a llenar las tantas cunas vacías que ya hay en numerosas partes del mundo. Pero todos, en realidad, necesitamos recuperar la alegría de vivir, porque el ser humano, creado a imagen y semejanza de Dios (cf. Gn 1, 26), no puede conformarse con sobrevivir o subsistir mediocre-

mente, amoldándose al momento presente y dejándose satisfacer solamente por realidades materiales. Eso nos encierra en el individualismo y corroe la esperanza, generando una tristeza que se anida en el corazón, volviéndonos desagradables e intolerantes.

10. En el Año jubilar estamos llamados a ser signos tangibles de esperanza para tantos hermanos y hermanas que viven en condiciones de penuria. Pienso en los presos que, privados de la libertad, experimentan cada día —además de la dureza de la reclusión— el vacío afectivo, las restricciones impuestas y, en bastantes casos, la falta de respeto. Propongo a los gobiernos del mundo que en el Año del Jubileo se asuman iniciativas que devuelvan la esperanza; formas de amnistía o de condonación de la pena orientadas a ayudar a las personas para que recuperen la confianza en sí mismas y en la sociedad; itinerarios de reinserción en la comunidad a los que corresponda un compromiso concreto en la observancia de las leyes.

Es una exhortación antigua, que surge de la Palabra de Dios y permanece con todo su valor sapiencial cuando se convoca a tener actos de clemencia y de liberación que permitan volver a empezar: «Así santificarán el quincuagésimo año, y proclamarán una liberación para todos los habitantes del país» (Lv 25, 10). El profeta Isaías retoma lo establecido por la Ley mosaica: el Señor «me envió a llevar la buena noticia a los pobres, a vendar los corazones heridos, a proclamar la liberación a los cautivos y la libertad a los prisioneros, a proclamar un año de gracia del Señor» (Is 61, 1-2). Estas son las palabras que Jesús hizo suyas al comienzo de su ministerio, declarando que él mismo era el cumplimiento del «año de gracia del Señor» (cf. Lc 4, 18-19). Que en cada rincón de la tierra, los creyentes, especialmente los pastores, se hagan intérpretes de tales peticiones, formando una sola voz que reclame con valentía condiciones dignas para los reclusos, respeto de los derechos humanos y sobre todo la abolición de la pena de muerte, recurso que para la fe cristiana es inadmisibles y aniquila toda esperanza de perdón y de renovación. [6] Para ofrecer a los presos un signo concreto de cercanía, deseo abrir yo mismo una Puerta Santa en una cárcel, a fin de que sea para ellos un sím-

bolo que invita a mirar al futuro con esperanza y con un renovado compromiso de vida.

11. Que se ofrezcan signos de esperanza a los *enfermos* que están en sus casas o en los hospitales. Que sus sufrimientos puedan ser aliviados con la cercanía de las personas que los visitan y el afecto que reciben. Las obras de misericordia son igualmente obras de esperanza, que despiertan en los corazones sentimientos de gratitud. Que esa gratitud llegue también a todos los agentes sanitarios que, en condiciones no pocas veces difíciles, ejercitan su misión con cuidado solícito hacia las personas enfermas y más frágiles.

Que no falte una atención inclusiva hacia cuantos hallándose en condiciones de vida particularmente difíciles experimentan la propia debilidad, especialmente a los afectados por patologías o discapacidades que limitan notablemente la autonomía personal. Cuidar de ellos es un himno a la dignidad humana, un canto de esperanza que requiere acciones concertadas por toda la sociedad.

12. También necesitan signos de esperanza aquellos que en sí mismos la representan: *los jóvenes*. Ellos, lamentablemente, con frecuencia ven que sus sueños se derrumban. No podemos decepcionarlos; en su entusiasmo se fundamenta el porvenir. Es hermoso verlos liberar energías, por ejemplo cuando se entregan con tesón y se comprometen voluntariamente en las situaciones de catástrofe o de inestabilidad social. Sin embargo, resulta triste ver jóvenes sin esperanza. Por otra parte, cuando el futuro se vuelve incierto e impermeable a los sueños; cuando los estudios no ofrecen oportunidades y la falta de trabajo o de una ocupación suficientemente estable amenazan con destruir los deseos, entonces es inevitable que el presente se viva en la melancolía y el aburrimiento. La ilusión de las drogas, el riesgo de caer en la delincuencia y la búsqueda de lo efímero crean en ellos, más que en otros, confusión y oscurecen la belleza y el sentido de la vida, abatiéndolos en abismos oscuros e induciéndolos a cometer gestos autodestructivos. Por eso, que el Jubileo sea en la Iglesia una ocasión para estimularlos. Ocupémonos con ardor renovado de los jóvenes, los estudiantes, los novios, las

nuevas generaciones. ¡Que haya cercanía a los jóvenes, que son la alegría y la esperanza de la Iglesia y del mundo!

13. No pueden faltar signos de esperanza hacia los *migrantes*, que abandonan su tierra en busca de una vida mejor para ellos y sus familias. Que sus esperanzas no se vean frustradas por prejuicios y cerrazones; que la acogida, que abre los brazos a cada uno en razón de su dignidad, vaya acompañada por la responsabilidad, para que a nadie se le niegue el derecho a construir un futuro mejor. Que a los numerosos *exiliados, desplazados y refugiados*, a quienes los conflictivos sucesos internacionales obligan a huir para evitar guerras, violencia y discriminaciones, se les garantice la seguridad, el acceso al trabajo y a la instrucción, instrumentos necesarios para su inserción en el nuevo contexto social.

Que la comunidad cristiana esté siempre dispuesta a defender el derecho de los más débiles. Que generosamente abra de par en par sus acogedoras puertas, para que a nadie le falte nunca la esperanza de una vida mejor. Que resuene en nuestros corazones la Palabra del Señor que, en la parábola del juicio final, dijo: «estaba de paso, y me alojaron», porque «cada vez que lo hicieron con el más pequeño de mis hermanos, lo hicieron conmigo» (Mt 25, 35.40).

14. Signos de esperanza merecen los ancianos, que a menudo experimentan soledad y sentimientos de abandono. Valorar el tesoro que son, sus experiencias de vida, la sabiduría que tienen y el aporte que son capaces de ofrecer, es un compromiso para la comunidad cristiana y para la sociedad civil, llamadas a trabajar juntas por la alianza entre las generaciones.

Dirijo un recuerdo particular *a los abuelos y a las abuelas*, que representan la transmisión de la fe y la sabiduría de la vida a las generaciones más jóvenes. Que sean sostenidos por la gratitud de los hijos y el amor de los nietos, que encuentran en ellos arraigo, comprensión y aliento.

15. Imploro, de manera apremiante, esperanza para los millares de pobres, que carecen con frecuencia de lo necesario para vivir. Frente

a la sucesión de oleadas de pobreza siempre nuevas, existe el riesgo de acostumbrarse y resignarse. Pero no podemos apartar la mirada de situaciones tan dramáticas, que hoy se constatan en todas partes y no sólo en determinadas zonas del mundo. Encontramos cada día personas pobres o empobrecidas que a veces pueden ser nuestros vecinos. A menudo no tienen una vivienda, ni la comida suficiente para cada jornada. Sufren la exclusión y la indiferencia de muchos. Es escandaloso que, en un mundo dotado de enormes recursos, destinados en gran parte a los armamentos, los pobres sean «la mayor parte [...], miles de millones de personas. Hoy están presentes en los debates políticos y económicos internacionales, pero frecuentemente parece que sus problemas se plantean como un apéndice, como una cuestión que se añade casi por obligación o de manera periférica, si es que no se los considera un mero daño colateral. De hecho, a la hora de la actuación concreta, quedan frecuentemente en el último lugar». [7] No lo olvidemos: los pobres, casi siempre, son víctimas, no culpables.

Llamamientos a la esperanza

16. Haciendo eco a la palabra antigua de los profetas, el Jubileo nos recuerda que los *bienes de la tierra* no están destinados a unos pocos privilegiados, sino a todos. Es necesario que cuantos poseen riquezas sean generosos, reconociendo el rostro de los hermanos que pasan necesidad. Pienso de modo particular en aquellos que carecen de agua y de alimento. El hambre es un flagelo escandaloso en el cuerpo de nuestra humanidad y nos invita a todos a sentir remordimiento de conciencia. Renuevo el llamamiento a fin de que «con el dinero que se usa en armas y otros gastos militares, constituyamos un Fondo mundial, para acabar de una vez con el hambre y para el desarrollo de los países más pobres, de tal modo que sus habitantes no acudan a soluciones violentas o engañosas ni necesiten abandonar sus países para buscar una vida más digna». [8]

Hay otra invitación apremiante que deseo dirigir en vista del Año jubilar; va dirigida a las naciones más ricas, para que reconozcan la gravedad de tantas decisiones tomadas y determinen *condonar las*

deudas de los países que nunca podrán saldarlas. Antes que tratarse de magnanimidad es una cuestión de justicia, agravada hoy por una nueva forma de iniquidad de la que hemos tomado conciencia: «Porque hay una verdadera «deuda ecológica», particularmente entre el Norte y el Sur, relacionada con desequilibrios comerciales con consecuencias en el ámbito ecológico, así como con el uso desproporcionado de los recursos naturales llevado a cabo históricamente por algunos países». [9] Como enseña la Sagrada Escritura, la tierra pertenece a Dios y todos nosotros habitamos en ella como «extranjeros y huéspedes» (Lv 25, 23). Si verdaderamente queremos preparar en el mundo el camino de la paz, esforcémonos por remediar las causas que originan las injusticias, cancelemos las deudas injustas e insolutas y saciemos a los hambrientos.

17. Durante el próximo Jubileo se conmemorará un aniversario muy significativo para todos los cristianos. Se cumplirán, en efecto, *1700 años de la celebración del primer gran Concilio ecuménico de Nicea*. Conviene recordar que, desde los tiempos apostólicos, los pastores se han reunido en asambleas en diversas ocasiones con el fin de tratar temáticas doctrinales y cuestiones disciplinarias. En los primeros siglos de la fe los sínodos se multiplicaron tanto en el Oriente como en el Occidente cristianos, mostrando cuánto fuese importante custodiar la unidad del Pueblo de Dios y el anuncio fiel del Evangelio. El Año jubilar podrá ser una oportunidad significativa para dar concreción a esta forma sinodal, que la comunidad cristiana advierte hoy como expresión cada vez más necesaria para corresponder mejor a la urgencia de la evangelización: que todos los bautizados, cada uno con su propio carisma y ministerio, sean corresponsables, para que por la multiplicidad de signos de esperanza testimonien la presencia de Dios en el mundo.

El Concilio de Nicea tuvo la tarea de preservar la unidad, seriamente amenazada por la negación de la plena divinidad de Jesucristo y de su misma naturaleza con el Padre. Estuvieron presentes alrededor de trescientos obispos, que se reunieron en el palacio imperial el 20 de mayo del año 325, convocados por iniciativa del emperador Constantino. Después de diversos debates, todos ellos, movidos por la

gracia del Espíritu, se identificaron en el Símbolo de la fe que todavía hoy profesamos en la Celebración eucarística dominical. Los padres conciliares quisieron comenzar ese Símbolo utilizando por primera vez la expresión «Creemos» [10], como testimonio de que en ese «nosotros» todas las Iglesias se reconocían en comunión, y todos los cristianos profesaban la misma fe.

El Concilio de Nicea marcó un hito en la historia de la Iglesia. La conmemoración de esa fecha invita a los cristianos a unirse en la alabanza y el agradecimiento a la Santísima Trinidad y en particular a Jesucristo, el Hijo de Dios, «de la misma naturaleza del Padre» [11], que nos ha revelado semejante misterio de amor. Pero Nicea también representa una invitación a todas las Iglesias y comunidades eclesiales a seguir avanzando en el camino hacia la unidad visible, a no cansarse de buscar formas adecuadas para corresponder plenamente a la oración de Jesús: «Que todos sean uno: como tú, Padre, estás en mí y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me enviaste» (Jn 17, 21).

En el Concilio de Nicea se trató además el tema de la fecha de la Pascua. A este respecto, todavía hoy existen diferentes posturas, que impiden celebrar el mismo día el acontecimiento fundamental de la fe. Por una circunstancia providencial, esto tendrá lugar precisamente en el Año 2025. Que este acontecimiento sea una llamada para todos los cristianos de Oriente y de Occidente a realizar un paso decisivo hacia la unidad en torno a una fecha común para la Pascua. Muchos, es bueno recordarlo, ya no tienen conocimiento de las disputas del pasado y no comprenden cómo puedan subsistir divisiones al respecto.

Anclados en la esperanza

18. La esperanza, junto con la fe y la caridad, forman el tríptico de las «virtudes teologales», que expresan la esencia de la vida cristiana (cf. 1Co 13, 13; 1Ts 1, 3). En su dinamismo inseparable, la esperanza es la que, por así decirlo, señala la orientación, indica la dirección

y la finalidad de la existencia cristiana. Por eso el apóstol Pablo nos invita a «alegrarnos en la esperanza, a ser pacientes en la tribulación y perseverantes en la oración» (cf. Rm 12, 12). Sí, necesitamos que «sobreabunde la esperanza» (cf. Rm 15, 13) para testimoniar de manera creíble y atrayente la fe y el amor que llevamos en el corazón; para que la fe sea gozosa y la caridad entusiasta; para que cada uno sea capaz de dar aunque sea una sonrisa, un gesto de amistad, una mirada fraterna, una escucha sincera, un servicio gratuito, sabiendo que, en el Espíritu de Jesús, esto puede convertirse en una semilla fecunda de esperanza para quien lo recibe. Pero, ¿cuál es el fundamento de nuestra espera? Para comprenderlo es bueno que nos detengamos en las razones de nuestra esperanza (cf. 1P 3, 15).

19. «Creo en la *vida eterna*» [12]: así lo profesa nuestra fe y la esperanza cristiana encuentra en estas palabras una base fundamental. La esperanza, en efecto, «es la virtud teologal por la que aspiramos [...] a la vida eterna como felicidad nuestra». [13] El Concilio Ecuménico Vaticano II afirma: «Cuando [...] faltan ese fundamento divino y esa esperanza de la vida eterna, la dignidad humana sufre lesiones gravísimas —es lo que hoy con frecuencia sucede—, y los enigmas de la vida y de la muerte, de la culpa y del dolor, quedan sin solucionar, llevando no raramente al hombre a la desesperación». [14] Nosotros, en cambio, en virtud de la esperanza en la que hemos sido salvados, mirando al tiempo que pasa, tenemos la certeza de que la historia de la humanidad y la de cada uno de nosotros no se dirigen hacia un punto ciego o un abismo oscuro, sino que se orientan al encuentro con el Señor de la gloria. Vivamos por tanto en la espera de su venida y en la esperanza de vivir para siempre en Él. Es con este espíritu que hacemos nuestra la ardiente invocación de los primeros cristianos, con la que termina la Sagrada Escritura: «¡Ven, Señor Jesús!» (Ap 22, 20).

20. Jesús muerto y resucitado es el centro de nuestra fe. San Pablo, al enunciar en pocas palabras este contenido —utiliza sólo cuatro verbos—, nos transmite el «núcleo» de nuestra esperanza: «Les he transmitido en primer lugar, lo que yo mismo recibí: Cristo murió por

nuestros pecados, conforme a la Escritura. Fue sepultado y resucitó al tercer día, de acuerdo con la Escritura. Se apareció a Pedro y después a los Doce» (1Co 15, 3-5). Cristo *murió, fue sepultado, resucitó, se apareció*. Por nosotros atravesó el drama de la muerte. El amor del Padre lo resucitó con la fuerza del Espíritu, haciendo de su humanidad la primicia de la eternidad para nuestra salvación. La esperanza cristiana consiste precisamente en esto: ante la muerte, donde parece que todo acaba, se recibe la certeza de que, gracias a Cristo, a su gracia, que nos ha sido comunicada en el Bautismo, «la vida no termina, sino que se transforma» [15] para siempre. En el Bautismo, en efecto, sepultados con Cristo, recibimos en Él resucitado el don de una vida nueva, que derriba el muro de la muerte, haciendo de ella un pasaje hacia la eternidad.

Y si bien, frente a la *muerte* —dolorosa separación que nos obliga a dejar a nuestros seres más queridos— no cabe discurso alguno, el Jubileo nos ofrecerá la oportunidad de redescubrir, con inmensa gratitud, el don de esa vida nueva recibida en el Bautismo, capaz de transfigurar su dramaticidad. En el contexto jubilar, es significativo reflexionar sobre cómo se ha comprendido este misterio desde los primeros siglos de nuestra fe. Por ejemplo, los cristianos, durante mucho tiempo construyeron la pila bautismal de forma octogonal, y todavía hoy podemos admirar muchos bautisterios antiguos que conservan dicha forma, como en San Juan de Letrán en Roma. Esto indica que en la fuente bautismal se inaugura el octavo día, es decir, el de la resurrección, el día que va más allá del tiempo habitual, marcado por la sucesión de las semanas, abriendo así el ciclo del tiempo a la dimensión de la eternidad, a la vida que dura para siempre. Esta es la meta a la que tendemos en nuestra peregrinación terrena (cf. Rm 6, 22).

El testimonio más convincente de esta esperanza nos lo ofrecen los *mártires*, que, firmes en la fe en Cristo resucitado, supieron renunciar a la vida terrena con tal de no traicionar a su Señor. Ellos están presentes en todas las épocas y son numerosos, quizás más que nunca en nuestros días, como confesores de la vida que no tiene fin. Necesitamos conservar su testimonio para hacer fecunda nuestra esperanza.

Estos mártires, pertenecientes a las diversas tradiciones cristianas, son también semillas de unidad porque expresan el ecumenismo de la sangre. Durante el Jubileo, por lo tanto, mi vivo deseo es que haya una celebración ecuménica donde se ponga de manifiesto la riqueza del testimonio de estos mártires.

21. ¿Qué será de nosotros, entonces, después de la muerte? Más allá de este umbral está la vida eterna con Jesús, que consiste en la plena comunión con Dios, en la contemplación y participación de su amor infinito. Lo que ahora vivimos en la esperanza, después lo veremos en la realidad. San Agustín escribía al respecto: «Cuando me haya unido a Ti con todo mi ser, nada será para mí dolor ni pena. Será verdadera vida mi vida, llena de Ti». [16] ¿Qué caracteriza, por tanto, esta comunión plena? El ser felices. La *felicidad* es la vocación del ser humano, una meta que atañe a todos.

Pero, ¿qué es la felicidad? ¿Qué felicidad esperamos y deseamos? No se trata de una alegría pasajera, de una satisfacción efímera que, una vez alcanzada, sigue pidiendo siempre más, en una espiral de avidez donde el espíritu humano nunca está satisfecho, sino que más bien siempre está más vacío. Necesitamos una felicidad que se realice definitivamente en aquello que nos plenifica, es decir, en el amor, para poder exclamar, ya desde ahora: Soy amado, luego existo; y existiré por siempre en el Amor que no defrauda y del que nada ni nadie podrá separarme jamás. Recordemos una vez más las palabras del Apóstol: «Porque tengo la certeza de que ni la muerte ni la vida, ni los ángeles ni los principados, ni lo presente ni lo futuro, ni los poderes espirituales, ni lo alto ni lo profundo, ni ninguna otra criatura podrá separarnos jamás del amor de Dios, manifestado en Cristo Jesús, nuestro Señor» (Rm 8, 38-39).

22. Otra realidad vinculada con la vida eterna es *el juicio de Dios*, que tiene lugar tanto al culminar nuestra existencia terrena como al final de los tiempos. Con frecuencia, el arte ha intentado representarlo —pensemos en la obra maestra de Miguel Ángel en la Capilla Sixtina— acogiendo la concepción teológica de su tiempo y transmitiendo a quien observa un sentimiento de temor. Aunque es justo

disponernos con gran conciencia y seriedad al momento que recapitula la existencia, al mismo tiempo es necesario hacerlo siempre desde la dimensión de la esperanza, virtud teologal que sostiene la vida y hace posible que no caigamos en el miedo. El juicio de Dios, que es amor (cf. 1Jn 4, 8.16), no podrá basarse más que en el amor, de manera especial en cómo lo hayamos ejercitado respecto a los más necesitados, en los que Cristo, el mismo Juez, está presente (cf. Mt 25, 31-46). Se trata, por lo tanto, de un juicio diferente al de los hombres y los tribunales terrenales; debe entenderse como una relación en la verdad con Dios amor y con uno mismo en el corazón del misterio insondable de la misericordia divina. En este sentido, la Sagrada Escritura afirma: «Tú enseñaste a tu pueblo que el justo debe ser amigo de los hombres y colmaste a tus hijos de una feliz esperanza, porque, después del pecado, das lugar al arrepentimiento [...] y, al ser juzgados, contamos con tu misericordia» (Sb 12, 19.22). Como escribía Benedicto XVI, «en el momento del Juicio experimentamos y acogemos este predominio de su amor sobre todo el mal en el mundo y en nosotros. El dolor del amor se convierte en nuestra salvación y nuestra alegría». [17]

El Juicio, entonces, se refiere a la salvación que esperamos y que Jesús nos ha obtenido con su muerte y resurrección. Por lo tanto, está dirigido a abrirnos al encuentro definitivo con Él. Y dado que no es posible pensar en ese contexto que el mal realizado quede escondido, este necesita ser *purificado*, para permitirnos el paso definitivo al amor de Dios. Se comprende en este sentido la necesidad de rezar por quienes han finalizado su camino terreno; solidarizándose en la intercesión orante que encuentra su propia eficacia en la comunión de los santos, en el vínculo común que nos une con Cristo, primogénito de la creación. De esta manera la indulgencia jubilar, en virtud de la oración, está destinada en particular a los que nos han precedido, para que obtengan plena misericordia.

23. La *indulgencia*, en efecto, permite descubrir cuán ilimitada es la misericordia de Dios. No sin razón en la antigüedad el término «misericordia» era intercambiable con el de «indulgencia», precisa-

mente porque pretende expresar la plenitud del perdón de Dios que no conoce límites.

El *sacramento de la Penitencia* nos asegura que Dios quita nuestros pecados. Resuenan con su carga de consuelo las palabras del Salmo: «Él perdona todas tus culpas y cura todas tus dolencias; rescata tu vida del sepulcro, te corona de amor y de ternura. [...] El Señor es bondadoso y compasivo, lento para enojarse y de gran misericordia; [...] no nos trata según nuestros pecados ni nos paga conforme a nuestras culpas. Cuanto se alza el cielo sobre la tierra, así de inmenso es su amor por los que lo temen; cuanto dista el oriente del occidente, así aparta de nosotros nuestros pecados» (Sal 103, 3-4.8.10-12). La Reconciliación sacramental no es sólo una hermosa oportunidad espiritual, sino que representa un paso decisivo, esencial e irrenunciable para el camino de fe de cada uno. En ella permitimos que Señor destruya nuestros pecados, que sane nuestros corazones, que nos levante y nos abrace, que nos muestre su rostro tierno y compasivo. No hay mejor manera de conocer a Dios que dejándonos reconciliar con Él (cf. 2Co 5, 20), experimentando su perdón. Por eso, no renunciemos a la Confesión, sino redescubramos la belleza del sacramento de la sanación y la alegría, la belleza del perdón de los pecados.

Sin embargo, como sabemos por experiencia personal, el pecado «deja huella», lleva consigo unas consecuencias; no sólo exteriores, en cuanto consecuencias del mal cometido, sino también interiores, en cuanto «todo pecado, incluso venial, entraña apego desordenado a las criaturas que es necesario purificar, sea aquí abajo, sea después de la muerte, en el estado que se llama Purgatorio». [18] Por lo tanto, en nuestra humanidad débil y atraída por el mal, permanecen los «efectos residuales del pecado». Estos son removidos por la indulgencia, siempre por la gracia de Cristo, el cual, como escribió san Pablo VI, es «nuestra “indulgencia”». [19] La Penitenciaría Apostólica se encargará de emanar las disposiciones para poder obtener y hacer efectiva la práctica de la indulgencia jubilar.

Esa experiencia colma de perdón no puede sino abrir el corazón y la mente a perdonar. Perdonar no cambia el pasado, no puede modi-

ficar lo que ya sucedió; y, sin embargo, el perdón puede permitir que cambie el futuro y se viva de una manera diferente, sin rencor, sin ira ni venganza. El futuro iluminado por el perdón hace posible que el pasado se lea con otros ojos, más serenos, aunque estén aún surcados por las lágrimas.

Durante el último Jubileo extraordinario instituí los *Misioneros de la Misericordia*, que siguen realizando una misión importante. Que durante el próximo Jubileo también ejerciten su ministerio, devolviendo la esperanza y perdonando cada vez que un pecador se dirige a ellos con corazón abierto y espíritu arrepentido. Que sigan siendo instrumentos de reconciliación y ayuden a mirar el futuro con la esperanza del corazón que proviene de la misericordia del Padre. Quisiera que los obispos aprovecharan su valioso servicio, enviándolos especialmente allí donde la esperanza se pone a dura prueba, como las cárceles, los hospitales y los lugares donde la dignidad de la persona es pisoteada; en las situaciones más precarias y en los contextos de mayor degradación, para que nadie se vea privado de la posibilidad de recibir el perdón y el consuelo de Dios.

24. La esperanza encuentra en la *Madre de Dios* su testimonio más alto. En ella vemos que la esperanza no es un fútil optimismo, sino un don de gracia en el realismo de la vida. Como toda madre, cada vez que María miraba a su Hijo pensaba en el futuro, y ciertamente en su corazón permanecían grabadas esas palabras que Simeón le había dirigido en el templo: «Este niño será causa de caída y de elevación para muchos en Israel; será signo de contradicción, y a ti misma una espada te atravesará el corazón». (Lc 2, 34-35). Por eso, al pie de la cruz, mientras veía a Jesús inocente sufrir y morir, aun atravesada por un dolor desgarrador, repetía su «sí», sin perder la esperanza y la confianza en el Señor. De ese modo ella cooperaba por nosotros en el cumplimiento de lo que había dicho su Hijo, anunciando que «debía sufrir mucho y ser rechazado por los ancianos, los sumos sacerdotes y los escribas; que debía ser condenado a muerte y resucitar después de tres días» (Mc 8, 31), y en el tormento de ese dolor ofrecido por amor se convertía en nuestra Madre, Madre de la

esperanza. No es casual que la piedad popular siga invocando a la Santísima Virgen como *Stella maris*, un título expresivo de la esperanza cierta de que, en los borrascosos acontecimientos de la vida, la Madre de Dios viene en nuestro auxilio, nos sostiene y nos invita a confiar y a seguir esperando.

A este respecto, me es grato recordar que el Santuario de Nuestra Señora de Guadalupe en la Ciudad de México se está preparando para celebrar, en el 2031, los 500 años de la primera aparición de la Virgen. Por medio de Juan Diego, la Madre de Dios hacía llegar un revolucionario mensaje de esperanza que aún hoy repite a todos los peregrinos y a los fieles: «¿Acaso no estoy yo aquí, que soy tu madre?». [20] Un mensaje similar se graba en los corazones en tantos santuarios marianos esparcidos por el mundo, metas de numerosos peregrinos, que confían a la Madre de Dios sus preocupaciones, sus dolores y sus esperanzas. Que en este Año jubilar los santuarios sean lugares santos de acogida y espacios privilegiados para generar esperanza. Invito a los peregrinos que vendrán a Roma a detenerse a rezar en los santuarios marianos de la ciudad para venerar a la Virgen María e invocar su protección. Confío en que todos, especialmente los que sufren y están atribulados, puedan experimentar la cercanía de la más afectuosa de las madres que nunca abandona a sus hijos; ella que para el santo Pueblo de Dios es «signo de esperanza cierta y de consuelo». [21]

25. Mientras nos acercamos al Jubileo, volvamos a la Sagrada Escritura y sintamos dirigidas a nosotros estas palabras: «Nosotros, los que acudimos a él, nos sentimos poderosamente estimulados a aferrarnos a la esperanza que se nos ofrece. Esta esperanza que nosotros tenemos es como un ancla del alma, sólida y firme, que penetra más allá del velo, allí mismo donde Jesús entró por nosotros, como precursor» (Hb 6, 18-20). Es una invitación fuerte a no perder nunca la esperanza que nos ha sido dada, a abrazarla encontrando refugio en Dios.

La imagen del ancla es sugestiva para comprender la estabilidad y la seguridad que poseemos si nos encomendamos al Señor Jesús, aun en medio de las aguas agitadas de la vida. Las tempestades nunca

podrán prevalecer, porque estamos anclados en la esperanza de la gracia, que nos hace capaces de vivir en Cristo superando el pecado, el miedo y la muerte. Esta esperanza, mucho más grande que las satisfacciones de cada día y que las mejoras de las condiciones de vida, nos transporta más allá de las pruebas y nos exhorta a caminar sin perder de vista la grandeza de la meta a la que hemos sido llamados, el cielo.

El próximo Jubileo, por tanto, será un Año Santo caracterizado por la esperanza que no declina, la esperanza en Dios. Que nos ayude también a recuperar la confianza necesaria —tanto en la Iglesia como en la sociedad— en los vínculos interpersonales, en las relaciones internacionales, en la promoción de la dignidad de toda persona y en el respeto de la creación. Que el testimonio creyente pueda ser en el mundo levadura de genuina esperanza, anuncio de cielos nuevos y tierra nueva (cf. 2P 3, 13), donde habite la justicia y la concordia entre los pueblos, orientados hacia el cumplimiento de la promesa del Señor.

Dejémonos atraer desde ahora por la esperanza y permitamos que a través de nosotros sea contagiosa para cuantos la desean. Que nuestra vida pueda decirles: «Espera en el Señor y sé fuerte; ten valor y espera en el Señor» (Sal 27, 14). Que la fuerza de esa esperanza pueda colmar nuestro presente en la espera confiada de la venida de Nuestro Señor Jesucristo, a quien sea la alabanza y la gloria ahora y por los siglos futuros.

Dado en Roma, en San Juan de Letrán, el 9 de mayo, Solemnidad de la Ascensión de Nuestro Señor Jesucristo, del año 2024, duodécimo de Pontificado.

Francisco

- [1] *Sermón* 198, 2.
- [2] Cf. *Fuentes Franciscanas*, n. 263, 6.10.
- [3] Cf. *Misericordiae Vultus, Bula de convocación del Jubileo Extraordinario de la Misericordia*, nn. 1-3.
- [4] Const. past. *Gaudium et spes*, n. 4.
- [5] Carta enc. *Laudato si'*, n. 50.
- [6] Cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 2267.
- [7] Carta enc. *Laudato si'*, n. 49.
- [8] Carta enc. *Fratelli tutti*, n. 262.
- [9] Carta enc. *Laudato si'*, n. 51.
- [10] *Símbolo niceno*: H. Denzinger - A. Schönmetzer, *Enchiridion Symbolorum definitionum et declarationum de rebus fidei et morum*, n. 125.
- [11] *Ibid.*
- [12] *Símbolo de los Apóstoles*: H. Denzinger - A. Schönmetzer, *Enchiridion Symbolorum definitionum et declarationum de rebus fidei et morum*, n. 30.
- [13] *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1817.
- [14] Const. past. *Gaudium et spes*, n. 21.
- [15] Misal Romano, *Prefacio de difuntos I*.
- [16] *Confesiones X*, 28.
- [17] Carta enc. *Spe salvi*, n. 47.
- [18] *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1472.
- [19] Carta ap. *Apostolorum limina* (23 mayo 1974), II.
- [20] *Nican Mopohua*, n. 119.
- [21] Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. *Lumen gentium*, n. 68.

Sobre la concesión de la Indulgencia durante el Jubileo Ordinario del año 2025 convocado por Su Santidad el Papa Francisco

«Ahora ha llegado el momento de un nuevo Jubileo, para abrir de par en par la Puerta Santa una vez más y ofrecer la experiencia viva del amor de Dios» (*Spes non confundit*, 6). En la bula de convocación del Jubileo Ordinario del 2025, el Santo Padre, en el momento histórico actual en el que «la humanidad, desmemoriada de los dramas del pasado, está sometida a una prueba nueva y difícil cuando ve a muchas poblaciones oprimidas por la brutalidad de la violencia» (*Spes non confundit*, 8), llama a todos los cristianos a hacerse peregrinos de esperanza. Esta es una virtud que hay queredescubrir en los signos de los tiempos, los cuales, encerrando «el anhelo del corazón humano, necesitado de la presencia salvífica de Dios, requieren ser transformados en signos de esperanza» (*Spes non confundit*, 7), que deberá provenir sobretudo de la gracia de Dios y de la plenitud de su misericordia.

Ya en la bula de convocación del Jubileo Extraordinario de la Misericordia del 2015, el Papa Francisco subrayó cuánto adquiriría la Indulgencia en ese contexto «una relevancia particular» (*Misericordiae Vultus*, 22), pues la misericordia de Dios «se transforma en indulgencia del Padre que a través de la Esposa de Cristo alcanza al pecador perdonado y lo libera de todo residuo, consecuencia del pecado» (*ibid.*).

Análogamente hoy el Santo Padre declara que el don de la Indulgencia «permite descubrir cuán ilimitada es la misericordia de Dios. No sin razón en la antigüedad el término «misericordia» era intercambiable con el de «indulgencia», precisamente porque pretende expresar la plenitud del perdón de Dios que no conoce límites» (*Spes non confundit*, 23). La Indulgencia es entonces, una gracia jubilar.

Por este motivo, también con ocasión del Jubileo Ordinario del 2025, por voluntad del Sumo Pontífice, este «Tribunal de Misericordia», a quien corresponde disponer todo lo que concierne a la concesión y al uso de la Indulgencia, pretende motivar los ánimos de los fieles para desear y alimentar el pío deseo de obtener la Indulgencia como don de gracia, propio y peculiar de cada Año Santo y establece las siguientes prescripciones, para que los fieles puedan usufructuar de las «disposiciones para poder obtener y hacer efectiva la práctica de la indulgencia jubilar» (*Spes non confundit*, 23).

Durante el Jubileo Ordinario del 2025 permanece en vigor cualquier otra concesión de Indulgencia. Todos los fieles verdaderamente arrepentidos, excluyendo todo afecto al pecado (cfr. *Enchiridion Indulgentiarum*, IV ed., norm. 20, § 1) y movidos por espíritu de caridad y que, en el curso del Año Santo, purificados a través del sacramento de la penitencia y alimentados por la Santa Comunión, oren por las intenciones del Sumo Pontífice, podrán conseguir del tesoro de la Iglesia, plenísima Indulgencia, remisión y perdón de sus pecados, pudiéndose aplicar a las almas del Purgatorio en forma de sufragio:

I.- En las sagradas peregrinaciones

Los fieles, *peregrinos de esperanza*, podrán conseguir la Indulgencia Jubilar concedida por el Santo Padre si emprenderán una pía peregrinación:

- *hacia cualquier lugar sagrado jubilar*: participando devotamente en la Santa Misa (siempre que lo permitan las normas litúrgicas se podrá utilizar especialmente la Misa propia por el Jubileo o bien, la Misa votiva: para la reconciliación, por el perdón de los pecados, para

- pedir la caridad y para fomentar la concordia); en una Misa ritual para conferir los sacramentos de iniciación cristiana o la Unción de los enfermos; en la celebración de la Palabra de Dios; en la Liturgia de las Horas (oficio de lecturas, laudes, vísperas); en el *Via Crucis*; en el Rosario mariano; en el himno del *Akathistos*; en una celebración penitencial, que concluya con las confesión individual de los penitentes, como está establecido en el rito de la Penitencia (forma II);
- *en Roma*: en al menos una de las cuatro Basílicas Papales Mayores: de San Pedro en el Vaticano, del Santísimo Salvador en el Laterano, de Santa María la Mayor, de San Pablo Extramuros;
 - *en Tierra Santa*: en al menos una de las tres Basílicas: del Santo Sepulcro en Jerusalén, de la Natividad en Belén, de la Anunciación en Nazaret;
 - *en otras circunscripciones eclesiásticas*: en la iglesia catedral u otras iglesias y lugares sagrados designados por el Ordinario del lugar. Los Obispos tendrán en cuenta las necesidades de los fieles, así como la oportunidad misma para mantener intacto el significado de la peregrinación con toda su fuerza simbólica, capaz de manifestar la necesidad apremiante de conversión y de reconciliación;

II.- En las pías visitas a los lugares sagrados

También, los fieles podrán conseguir la Indulgencia jubilar si, individualmente o en grupo, visitarán devotamente cualquier lugar jubilar y ahí, durante un período de tiempo adecuado, realizarán adoración eucarística y meditación, concluyendo con el Padre Nuestro, la Profesión de Fe en cualquier forma legítima e invocaciones a María, Madre de Dios, para que en este Año Santo todos «puedan experimentar la cercanía de la más afectuosa de las madres que nunca abandona a sus hijos» (*Spes non confundit*, 24).

Con la especial ocasión del Año jubilar, se podrán visitar también, además de los insignes lugares de peregrinación anteriormente dichos, estos otros lugares sagrados con las mismas condiciones:

- *en Roma*: la Basílica de la Santa Cruz en Jerusalén, la Basílica de San Lorenzo al Verano, la Basílica de San Sebastián (se recomienda vivamente la devota visita llamada «de las siete Iglesias», tan querida por San Felipe Neri), el Santuario del Divino Amor, la Iglesia de Santo Spirito in Sassia, la Iglesia de San Pablo alle Tre Fontane, lugar del Martirio del Apóstol, las Catacumbas cristianas; las iglesias de los caminos jubilares dedicadas respectivamente al *Iter Europaeum* y las iglesias dedicadas a las *Mujeres Patronas de Europa y Doctoras de la Iglesia* (Basílica de Santa María sopra Minerva, Iglesia de Santa Brígida en Campo de' Fiori, Iglesia de Santa María della Vittoria, Iglesia de Trinità dei Monti, Basílica de Santa Cecilia en Trastevere, Basílica de San Agustín en Campo Marzio);
- *en otros lugares del mundo*: las dos Basílicas Papales menores de Asís: de San Francisco y de Santa María de los Ángeles; las Basílicas Pontificias de la Virgen de Loreto, de la Virgen de Pompeya, de San Antonio de Padua; cualquier Basílica menor, iglesia catedral, iglesia concatedral, santuario mariano, así como, para utilidad de los fieles, cualquier insigne iglesia colegiada o santuario designado por cada Obispo diocesano o eparquial, como también santuarios nacionales o internacionales, «lugares santos de acogida y espacios privilegiados para generar esperanza» (*Spes non confundit*, 24), indicados por las Conferencias Episcopales.

Los fieles verdaderamente arrepentidos que no podrán participar en las solemnes celebraciones, en las peregrinaciones y en las pías visitas por graves motivos (especialmente todas las monjas y los monjes de clausura, los ancianos, los enfermos, los reclusos, como también aquellos que, en hospitales o en otros lugares de cuidados, prestan servicio continuo a los enfermos), conseguirán la *Indulgencia jubilar*, con las mismas condiciones si, unidos en espíritu a los fieles en presencia, particularmente en los momentos en los cuales las palabras del Sumo Pontífice o de los Obispos diocesanos sean transmitidas a través de los medios de comunicación, recitarán en la propia casa o ahí donde el impedimento les permita (p. ej. en la capilla del monasterio, del hospital, de la casa de cuidados, de la cárcel...)

el Padre Nuestro, la Profesión de Fe en cualquier forma legítima y otras oraciones conforme a las finalidades del Año Santo, ofreciendo sus sufrimientos o dificultades de la propia vida;

III.- En las obras de misericordia y de penitencia

Además, los fieles podrán conseguir la *Indulgencia jubilar* si, con ánimo devoto, participarán en las Misiones populares, en ejercicios espirituales u otros encuentros de formación sobre los textos del *Concilio Vaticano II* y del *Catecismo de la Iglesia Católica*, que se realicen en una iglesia u otro lugar adecuado, según la intención del Santo Padre.

No obstante la norma según la cual se puede conseguir solo una Indulgencia plenaria al día (cfr. *Enchiridion Indulgentiarum*, IV ed., norm. 18, § 1), los fieles que habrán emitido el acto de caridad en favor de las almas del Purgatorio, si se acercan legítimamente al sacramento de la Comunión una segunda vez en el mismo día, podrán conseguir dos veces en el mismo día la Indulgencia plenaria, aplicable solo a los difuntos (se entiende al interno de una celebración Eucarística; cfr. can 917 y Pontificia Comisión para la interpretación auténtica del CIC, *Responsa ad dubia*, 1, 11 jul. 1984). A través de esta doble oblación, se realiza un laudable ejercicio de caridad sobrenatural, por el vínculo mediante el cual están unidos en el Cuerpo místico de Cristo los fieles que aun peregrinan en la tierra, junto con aquellos que ya han terminado su camino, pues «la indulgencia jubilar, en virtud de la oración, está destinada en particular a los que nos han precedido, para que obtengan plena misericordia» (*Spes non confundit*, 22).

Pero, de manera más peculiar, precisamente «en el Año jubilar estamos llamados a ser signos tangibles de esperanza para tantos hermanos y hermanas que viven en condiciones de penuria» (*Spes non confundit*, 10): por lo tanto, la Indulgencia está unida también a las obras de misericordia y de penitencia, con las cuales se testimonia la conversión emprendida. Los fieles, siguiendo el ejemplo y el mandato de Cristo, sean estimulados a realizar más frecuente-

mente obras de caridad o misericordia, principalmente al servicio de aquellos hermanos que se encuentran agobiados por diversas necesidades. Redescubran más precisamente «las obras de *miseriordia corporales*: dar de comer al hambriento, dar de beber al sediento, vestir al desnudo, acoger al forastero, asistir los enfermos, visitar a los presos, enterrar a los muertos» (*Miseriordiae vultus*, 15) y redescubran asimismo «las obras de *miseriordia espirituales*: dar consejo al que lo necesita, enseñar al que no sabe, corregir al que yerra, consolar al triste, perdonar las ofensas, soportar con paciencia las personas molestas, rogar a Dios por los vivos y por los difuntos» (*ibid.*).

Del mismo modo, los fieles podrán conseguir la Indulgencia jubilar si se dirigirán a visitar por un tiempo adecuado a los hermanos que se encuentran en necesidad o en dificultad (enfermos, encarcelados, ancianos en soledad, personas con capacidades diferentes...), como realizando una peregrinación hacia Cristo presente en ellos (cfr. Mt 25, 34-36) y siguiendo las habituales condiciones espirituales, sacramentales y de oración. Los fieles, sin duda, podrán repetir tales visitas en el curso del Año Santo, obteniendo en cada una de ellas la Indulgencia plenaria, incluso cotidianamente.

La Indulgencia plenaria jubilar podrá ser conseguida también mediante iniciativas que ayuden en modo concreto y generoso al espíritu penitencial que es como el alma del Jubileo, redescubriendo en particular el valor penitencial del viernes: absteniéndose, en espíritu de penitencia, al menos durante un día de distracciones banales (reales y también virtuales, inducidas, por ejemplo, por los medios de comunicación y por las redes sociales) y de consumos superfluos (por ejemplo ayunando o practicando la abstinencia según las normas generales de la Iglesia y las especificaciones de los Obispos), así como otorgando una proporcionada suma de dinero a los pobres; sosteniendo obras de carácter religioso o social, especialmente en favor de la defensa y protección de la vida en cada etapa y de la calidad de la misma, de la infancia abandonada, de la juventud en dificultad, de los ancianos necesitados o solos, de los migrantes

de diversos Países «que abandonan su tierra en busca de una vida mejor para ellos y sus familias» (*Spes non confundit*, 13); dedicando una adecuada parte del propio tiempo libre a actividades de voluntariado, que sean de interés para la comunidad u otras formas similares de compromiso personal.

Todos los Obispos diocesanos o eparquiales y aquellos que en el derecho son equiparables a ellos, en el día más oportuno de este tiempo jubilar, en ocasión de la principal celebración en la catedral y en cada una de las iglesias jubilares, podrán impartir la *Bendición Papal* con anexa Indulgencia plenaria, conseguible por todos los fieles que reciban tal *Bendición* con las habituales condiciones.

Para que sea pastoralmente facilitado el acceso al sacramento de la Penitencia y conseguir el perdón divino a través del poder de las Llaves, los Ordinarios locales están invitados a conceder a los canónigos y a los sacerdotes, que en las Catedrales y en las Iglesias designadas para el Año Santo podrán escuchar las confesiones de los fieles, las facultades limitadamente al foro interno, de las cuales, para los fieles de las Iglesias orientales, en el can. 728, § 2 del CCEO, y en el caso de una eventual reserva, aquellas para el can. 727, excluyendo, como es evidente, los casos considerados en el can. 728, § 1; mientras que, para los fieles de la Iglesia latina, las facultades referidas en el can. 508, § 1 del CIC.

En este sentido, esta Penitenciaria exhorta a todos los sacerdotes a ofrecer con generosa disponibilidad y dedicación de sí, la más amplia posibilidad a los fieles de aprovechar los medios de la salvación, asumiendo y publicando horarios para las confesiones, en acuerdo con los párrocos o rectores de las iglesias vecinas, encontrándose en el confesionario, programando celebraciones penitenciales con fechas fijas y frecuentes, ofreciendo también la más amplia disponibilidad de sacerdotes que, por alcanzar el límite de edad, no tienen encargos pastorales definidos. Además, según las posibilidades se recuerde, en conformidad con el *Motu proprio Misericordia Dei*, la oportunidad pastoral de escuchar las Confesiones también durante la celebración de la Santa Misa.

Para agilizar la tarea de los confesores, la Penitenciaría Apostólica, por mandato del Santo Padre, dispone que los sacerdotes que acompañarán o se unirán a peregrinaciones jubilares fuera de la propia Diócesis, puedan valerse de las mismas facultades de las cuales fueron provistos en la propia Diócesis por la legítima autoridad. Especiales facultades serán después conferidas por esta Penitenciaría Apostólica a los penitenciaros de las basílicas papales romanas, a los canónigos penitenciaros o a los penitenciaros diocesanos instituidos en cada circunscripción eclesiástica.

Los confesores, después de haber instruido a los fieles sobre la gravedad de los pecados a los cuales viene anexa una reserva o una censura, determinarán, con caridad pastoral, apropiadas penitencias sacramentales, tales que les conduzcan lo más posible a un arrepentimiento estable y, según la naturaleza de los casos, invitarán a la reparación de eventuales escándalos y daños.

Finalmente, la Penitenciaría invita vivamente a los Obispos, en cuanto detentores del triple *munus* de enseñar, de guiar y de santificar, a cuidar la exposición clara de las disposiciones y principios aquí propuestos para la santificación de los fieles, teniendo en cuenta de modo especial las circunstancias del lugar, de la cultura y de las tradiciones. Una catequesis adecuada a las características socio-culturales de cada pueblo, podrá proponer de manera eficaz el Evangelio y la totalidad del mensaje cristiano, radicando más profundamente en los corazones el deseo de este don único, obtenido en virtud de la mediación de la Iglesia.

El presente Decreto tiene validez durante todo el Jubileo Ordinario del 2025, independientemente de cualquier disposición en contrario.

Dado en Roma, en la sede de la Penitenciaría Apostólica, el 13 de mayo de 2024, Memoria de la Beata Virgen María de Fátima.

Angelo Card. De Donatis
Penitenciario Mayor

S.E. Mons. Krzysztof Nykiel
Regente

Discurso del Santo Padre Francisco en la sesión del G7 sobre inteligencia artificial

Estimadas señoras, distinguidos señores:

Me dirijo hoy a ustedes, líderes del Foro Intergubernamental del G7, con una reflexión sobre los efectos de la inteligencia artificial en el futuro de la humanidad.

«La Sagrada Escritura atestigua que Dios ha dado a los hombres su Espíritu para que tengan «habilidad, talento y experiencia en la ejecución de toda clase de trabajos» (Ex 35, 31)» [1]. La ciencia y la tecnología son, por lo tanto, producto extraordinario del potencial creativo que poseemos los seres humanos [2].

Ahora bien, la inteligencia artificial se origina precisamente a partir del uso de este potencial creativo que Dios nos ha dado.

Dicha inteligencia artificial, como sabemos, es un instrumento extremadamente poderoso, que se emplea en numerosas áreas de la actividad humana: de la medicina al mundo laboral, de la cultura al ámbito de la comunicación, de la educación a la política. Y es lícito suponer, entonces, que su uso influirá cada vez más en nuestro modo de vivir, en nuestras relaciones sociales y en el futuro, incluso en la manera en que concebimos nuestra identidad como seres humanos [3].

El tema de la inteligencia artificial, sin embargo, a menudo es percibido de modo ambivalente: por una parte, entusiasmo por las posibilidades que ofrece; por otra, provoca temor ante las consecuencias que podrían llegar a producirse. A este respecto podríamos decir que todos nosotros, aunque en diferente medida, estamos atravesados por dos emociones: somos entusiastas cuando imaginamos los progresos que se pueden derivar de la inteligencia artificial, pero, al mismo tiempo, nos da miedo cuando constatamos los peligros inherentes a su uso [4].

No podemos dudar, ciertamente, de que la llegada de la inteligencia artificial representa una auténtica revolución cognitiva-industrial, que contribuirá a la creación de un nuevo sistema social caracterizado por complejas transformaciones de época. Por ejemplo, la inteligencia artificial podría permitir una democratización del acceso al saber, el progreso exponencial de la investigación científica, la posibilidad de delegar a las máquinas los trabajos desgastantes; pero, al mismo tiempo, podría traer consigo una mayor inequidad entre naciones avanzadas y naciones en vías de desarrollo, entre clases sociales dominantes y clases sociales oprimidas, poniendo así en peligro la posibilidad de una «cultura del encuentro» y favoreciendo una «cultura del descarte».

La magnitud de estas complejas transformaciones está vinculada obviamente al rápido desarrollo tecnológico de la misma inteligencia artificial.

Es precisamente este poderoso avance tecnológico el que hace de la inteligencia artificial un *instrumento fascinante y tremendo* al mismo tiempo, y exige una reflexión a la altura de la situación.

En esa dirección tal vez se podría partir de la constatación de que la inteligencia artificial es sobre todo *un instrumento*. Y resulta espontáneo afirmar que los beneficios o los daños que esta conlleve dependerán de su uso.

Esto es cierto, porque ha sido así con cada herramienta construida por el ser humano desde el principio de los tiempos.

Nuestra capacidad de construir herramientas, en una cantidad y complejidad que no tiene igual entre los seres vivos, nos habla de una *condición tecno-humana*. El ser humano siempre ha mantenido una relación con el ambiente mediada por los instrumentos que iba produciendo. No es posible separar la historia del hombre y de la civilización de la historia de esos instrumentos. Algunos han querido leer en todo eso una especie de privación, un déficit del ser humano, como si, a causa de esa carencia, estuviera obligado a dar vida a la tecnología [5]. Una mirada atenta y objetiva en realidad nos muestra lo contrario. Vivimos una condición de ulterioridad respecto a nuestro ser biológico; somos seres inclinados hacia el fuera-de-nosotros, es más, radicalmente abiertos al más allá. De aquí se origina nuestra apertura a los otros y a Dios; de aquí nace el potencial creativo de nuestra inteligencia en términos de cultura y de belleza; de aquí, por último, se origina nuestra capacidad técnica. La tecnología es así una huella de nuestra ulterioridad.

Sin embargo, el uso de nuestras herramientas no siempre está dirigido unívocamente al bien. Aun cuando el ser humano siente dentro de sí una vocación al más allá y al conocimiento vivido como instrumento de bien al servicio de los hermanos y hermanas, y de la casa común (cf. *Gaudium et spes*, 16), esto no siempre sucede. Es más, no pocas veces, precisamente gracias a su libertad radical, la humanidad ha pervertido los fines de su propio ser, transformándose en enemiga de sí misma y del planeta [6]. La misma suerte pueden correr los instrumentos tecnológicos. Solamente si se garantiza su vocación al servicio de lo humano, los instrumentos tecnológicos revelarán no sólo la grandeza y la dignidad única del ser humano, sino también el mandato que este último ha recibido de «cultivar y cuidar» el planeta y todos sus habitantes (cf. Gn 2, 15). Hablar de tecnología es hablar de lo que significa ser humanos y, por tanto, de nuestra condición única entre libertad y responsabilidad, es decir, significa hablar de ética.

De hecho, cuando nuestros antepasados afilaron piedras de sílex para hacer cuchillos, los usaron tanto para cortar pieles para vestirse como para eliminarse entre sí. Lo mismo podría decirse de

otras tecnologías mucho más avanzadas, como la energía producida por la fusión de los átomos, como ocurre en el Sol, que podría utilizarse para producir energía limpia y renovable, pero también para reducir nuestro planeta a cenizas.

Pero la inteligencia artificial es una herramienta aún más compleja. Yo diría que es una herramienta *sui generis*. Así, mientras que el uso de una herramienta simple —como un cuchillo— está bajo el control del ser humano que lo utiliza y su buen uso depende sólo de él, la inteligencia artificial, en cambio, puede adaptarse de forma autónoma a la tarea que se le asigne y, si se diseña de esa manera, podría tomar decisiones independientemente del ser humano para alcanzar el objetivo fijado [7].

Conviene recordar siempre que la máquina puede, en algunas formas y con estos nuevos medios, elegir por medio de algoritmos. Lo que hace la máquina es una elección técnica entre varias posibilidades y se basa en criterios bien definidos o en inferencias estadísticas. El ser humano, en cambio, no sólo elige, sino que en su corazón es capaz de decidir. La decisión es un elemento que podríamos definir el más estratégico de una elección y requiere una evaluación práctica. A veces, frecuentemente en la difícil tarea de gobernar, también estamos llamados a decidir con consecuencias para muchas personas. Desde siempre la reflexión humana habla a este propósito de sabiduría, la *phronesis* de la filosofía griega y, al menos en parte, la sabiduría de la Sagrada Escritura. Frente a los prodigios de las máquinas, que parecen saber elegir de manera independiente, debemos tener bien claro que al ser humano le corresponde siempre la decisión, incluso con los tonos dramáticos y urgentes con que a veces ésta se presenta en nuestra vida. Condenaríamos a la humanidad a un futuro sin esperanza si quitáramos a las personas la capacidad de decidir por sí mismas y por sus vidas, condenándolas a depender de las elecciones de las máquinas. Necesitamos garantizar y proteger un espacio de control significativo del ser humano sobre el proceso de elección utilizado por los programas de inteligencia artificial. Está en juego la misma dignidad humana.

Precisamente sobre este tema, permítanme insistir en que, en un drama como el de los conflictos armados, es urgente replantearse el desarrollo y la utilización de dispositivos como las llamadas «armas autónomas letales» para prohibir su uso, empezando desde ya por un compromiso efectivo y concreto para introducir un control humano cada vez mayor y significativo. Ninguna máquina debería elegir jamás poner fin a la vida de un ser humano.

Hay que añadir, además, que el buen uso, al menos de las formas avanzadas de inteligencia artificial, no estará plenamente bajo el control ni de los usuarios ni de los programadores que definieron sus objetivos iniciales en el momento de elaborarlos. Y esto es tanto más cierto cuanto que es muy probable que, en un futuro no lejano, los programas de inteligencias artificiales puedan comunicarse directamente entre sí, para mejorar su rendimiento. Y, si en el pasado, los seres humanos que utilizaron herramientas simples vieron su existencia modelada por estos últimos —el cuchillo les permitió sobrevivir al frío pero también desarrollar el arte de la guerra—, ahora que los seres humanos han modelado un instrumento complejo, verán que este modelará aún más su existencia [8].

El mecanismo básico de la inteligencia artificial

Permítanme ahora detenerme brevemente sobre la complejidad de la inteligencia artificial. Básicamente, la inteligencia artificial es una herramienta diseñada para resolver un problema y funciona mediante un encadenamiento lógico de operaciones algebraicas, realizado en base a categorías de datos, que se comparan para descubrir correlaciones y mejorar su valor estadístico mediante un proceso de autoaprendizaje basado en la búsqueda de datos adicionales y la automodificación de sus procedimientos de cálculo.

La inteligencia artificial está diseñada de este modo para resolver problemas específicos, pero para quienes la utilizan la tentación de obtener, a partir de las soluciones puntuales que propone, deducciones generales, incluso de orden antropológico, es a menudo irresistible.

Un buen ejemplo es el uso de programas diseñados para ayudar a los magistrados en las decisiones relativas a la concesión de prisión domiciliaria a presos que están cumpliendo una condena en una institución penitenciaria. En este caso, se pide a la inteligencia artificial que prevea la probabilidad de reincidencia del delito cometido por un condenado a partir de categorías prefijadas (tipo de delito, comportamiento en prisión, evaluación psicológica y otros) lo que permite a la inteligencia artificial tener acceso a categorías de datos relacionados con la vida privada de la persona detenida (origen étnico, nivel educativo, línea de crédito, etc.). El uso de tal metodología —que a veces corre el riesgo de delegar *de facto* en una máquina la última palabra sobre el destino de una persona— puede llevar implícitamente la referencia a los prejuicios inherentes a las categorías de datos utilizados por la inteligencia artificial.

El ser clasificado en un cierto grupo étnico o, más prosaicamente, el haber cometido hace años una pequeña infracción —el no haber pagado, por ejemplo, una multa por aparcar en zona prohibida—, influirá, de hecho, en la decisión acerca de la concesión de la prisión domiciliaria. Por el contrario, el ser humano está siempre en evolución y es capaz de sorprender con sus acciones, algo que la máquina no puede tener en cuenta.

Hay que evidenciar también que aplicaciones análogas a ésta de la que estamos hablando se multiplicarán gracias al hecho de que los programas de inteligencia artificial estarán cada vez más dotados de la capacidad de interactuar directamente con los seres humanos (chatbots), sosteniendo conversaciones y estableciendo relaciones de cercanía con ellos, con frecuencia muy agradables y tranquilizadoras, en cuanto tales programas de inteligencia artificial están diseñados para aprender a responder, de forma personalizada, a las necesidades físicas y psicológicas de los seres humanos.

Olvidar que la inteligencia artificial no es otro ser humano y que no puede proponer principios generales, es a veces un gran error que parte de la profunda necesidad de los seres humanos de encontrar una forma estable de compañía, o bien de un presupuesto subcons-

ciente, es decir, de la creencia de que las observaciones obtenidas mediante un mecanismo de cálculo estén dotadas de las cualidades de certeza indiscutible y de universalidad indudable.

Esta suposición es, sin embargo, descabellada, como demuestra el examen de los límites intrínsecos del cálculo mismo. La inteligencia artificial usa operaciones algebraicas que se realizan según una secuencia lógica (por ejemplo, si el valor de X es superior al de Y, multiplica X por Y; si no divide X por Y). Este método de cálculo —denominado algoritmo— no está dotado ni de objetividad ni de neutralidad [9]. Al estar basado en el álgebra puede examinar sólo realidades formalizadas en términos numéricos [10].

No hay que olvidar, además, que los algoritmos diseñados para resolver problemas muy complejos son sofisticados de tal manera que hacen muy difícil a los propios programadores la comprensión exacta de cómo estos sean capaces de alcanzar sus resultados. Esta tendencia a la sofisticación corre el riesgo de acelerarse notablemente con la introducción de los ordenadores cuánticos que no operan con circuitos binarios (semiconductores o microchips), sino según las leyes, bastante articuladas, de la física cuántica. Por otra parte, la continua introducción de microchips cada vez más eficaces es la causa del predominio del uso de la inteligencia artificial por parte de las pocas naciones que disponen de ella.

La calidad de las respuestas que los programas de inteligencia artificial pueden dar, sean más o menos sofisticadas, depende en última instancia de los datos que manejan y de cómo estos los estructuran.

Finalmente, me gustaría señalar un último ámbito en el que emerge claramente la complejidad del mecanismo de la llamada inteligencia artificial generativa (*Generative Artificial Intelligence*). Nadie duda de que hoy en día están a disposición magníficos instrumentos de acceso al conocimiento que permiten incluso el autoaprendizaje (*self-learning*) y la autotutoría (*self-tutoring*) en una gran cantidad de campos. Muchos de nosotros nos hemos quedado sorprendidos por las aplicaciones fácilmente accesibles en línea para componer un

texto o producir una imagen sobre cualquier tema o materia. Esto atrae de forma especial a los estudiantes que, cuando deben preparar los trabajos, hacen un uso desmedido.

Estos alumnos, que a menudo están mucho más preparados y acostumbrados al uso de la inteligencia artificial que sus profesores, olvidan, sin embargo, que la denominada inteligencia artificial generativa, en sentido estricto, no es propiamente «generativa». En realidad, lo que esta hace es buscar información en los macrodatos (*big data*) y confeccionarla en el estilo que se le ha pedido. No desarrolla conceptos o análisis nuevos. Repite lo que encuentra, dándole una forma atractiva. Y cuanto más repetida encuentra una noción o una hipótesis, más la considera legítima y válida. Más que «generativa», se la podría llamar «reforzadora», en el sentido de que reordena los contenidos existentes, contribuyendo a consolidarlos, muchas veces sin controlar si tienen errores o prejuicios.

De este modo, no sólo se corre el riesgo de legitimar la difusión de noticias falsas y robustecer la ventaja de una cultura dominante, sino de minar también el proceso educativo en ciernes (*in nuce*). La educación, que debería dar a los estudiantes la posibilidad de una reflexión auténtica, corre el riesgo de reducirse a una repetición de nociones, que se considerarán cada vez más incontestables, simplemente a causa de ser continuamente presentadas [11].

Poner de nuevo al centro la dignidad de la persona en vista de una propuesta ética compartida

A lo que ya hemos dicho se añade una observación más general. La época de innovación tecnológica que estamos atravesando, en efecto, se acompaña de una particular e inédita coyuntura social, en la que cada vez es más difícil encontrar puntos de encuentro sobre los grandes temas de la vida social. Incluso en comunidades caracterizadas por una cierta continuidad cultural, se crean con frecuencia encendidos debates y choques que hacen difícil llegar a acuerdos y soluciones políticas compartidas, orientadas a la búsqueda de lo

que es bueno y justo. Además de la complejidad de las legítimas visiones que caracterizan a la familia humana, emerge un factor que parece acomunar estas distintas instancias. Se registra una pérdida o al menos un oscurecimiento del sentido de lo humano y una aparente insignificancia del concepto de dignidad humana [12]. Pareciera que se está perdiendo el valor y el profundo significado de una de las categorías fundamentales de Occidente: la categoría de persona humana. Y es así que en esta época en la que los programas de inteligencia artificial cuestionan al ser humano y su actuar, precisamente la debilidad del ethos vinculada a la percepción del valor y de la dignidad de la persona humana corre el riesgo de ser el mayor daño (*vulnus*) en la implementación y el desarrollo de estos sistemas. No debemos olvidar que ninguna innovación es neutral. La tecnología nace con un propósito y, en su impacto en la sociedad humana, representa siempre una forma de orden en las relaciones sociales y una disposición de poder, que habilita a alguien a realizar determinadas acciones impidiéndoselo a otros. Esta dimensión de poder que es constitutiva de la tecnología incluye siempre, de una manera más o menos explícita, la visión del mundo de quien la ha realizado o desarrollado.

Esto vale también para los programas de inteligencia artificial. Con el fin de que estos instrumentos sean para la construcción del bien y de un futuro mejor, deben estar siempre ordenados al bien de todo ser humano. Deben contener una inspiración ética.

La decisión ética, de hecho, es aquella que tiene en cuenta no sólo los resultados de una acción, sino también los valores en juego y los deberes que se derivan de esos valores. Por esto he acogido con satisfacción la firma en Roma, en 2020, de la *Rome Call for AI Ethics* [13] y su apoyo a esa forma de moderación ética de los algoritmos y de los programas de inteligencia artificial que he llamado «algorética» [14]. En un contexto plural y global, en el que también se muestran las distintas sensibilidades y plurales jerarquías en las escalas de valores, parecería difícil encontrar una única jerarquía de valores. Pero en el análisis ético podemos recurrir además a

otros tipos de instrumentos. Si nos cuesta definir un solo conjunto de valores globales, podemos encontrar principios compartidos con los cuales afrontar y disminuir eventuales dilemas y conflictos de la vida.

Por esta razón ha nacido la *Rome Call*. En el término «algorética» se condensa una serie de principios que se revelan como una plataforma global y plural capaz de encontrar el apoyo de las culturas, las religiones, las organizaciones internacionales y las grandes empresas protagonistas de este desarrollo.

La política que se necesita

No podemos, por tanto, ocultar el riesgo concreto, porque es inherente a su mecanismo fundamental, de que la inteligencia artificial limite la visión del mundo a realidades que pueden expresarse en números y encerradas en categorías preestablecidas, eliminando la aportación de otras formas de verdad e imponiendo modelos antropológicos, socioeconómicos y culturales uniformes. El paradigma tecnológico encarnado por la inteligencia artificial corre el riesgo de dar paso a un paradigma mucho más peligroso, que ya he identificado con el nombre de «paradigma tecnocrático» [15]. No podemos permitir que una herramienta tan poderosa e indispensable como la inteligencia artificial refuerce tal paradigma, sino que más bien debemos hacer de la inteligencia artificial un baluarte precisamente contra su expansión.

Y es precisamente aquí donde urge la acción política, como recuerda la encíclica *Fratelli tutti*. Ciertamente «para muchos la política hoy es una mala palabra, y no se puede ignorar que detrás de este hecho están a menudo los errores, la corrupción, la ineficiencia de algunos políticos. A esto se añaden las estrategias que buscan debilitarla, reemplazarla por la economía o dominarla con alguna ideología. Pero, ¿puede funcionar el mundo sin política? ¿Puede haber un camino eficaz hacia la fraternidad universal y la paz social sin una buena política?» [16].

Nuestra respuesta a estas últimas preguntas es: ¡no! ¡La política sirve! Quiero reiterar en esta ocasión que «ante tantas formas mezquinas e inmedatistas de política [...], la grandeza política se muestra cuando, en momentos difíciles, se obra por grandes principios y pensando en el bien común a largo plazo. Al poder político le cuesta mucho asumir este deber en un proyecto de nación y más aún en un proyecto común para la humanidad presente y futura» [17].

Estimadas señoras, distinguidos señores:

Mi reflexión sobre los efectos de la inteligencia artificial en el futuro de la humanidad nos lleva así a la consideración de la importancia de la «sana política» para mirar con esperanza y confianza nuestro futuro. Como he dicho en otra ocasión, «la sociedad mundial tiene serias fallas estructurales que no se resuelven con parches o soluciones rápidas meramente ocasionales. Hay cosas que deben ser cambiadas con replanteos de fondo y transformaciones importantes. Sólo una sana política podría liderarlo, convocando a los más diversos sectores y a los saberes más variados. De esa manera, una economía integrada en un proyecto político, social, cultural y popular que busque el bien común puede «abrir camino a oportunidades diferentes, que no implican detener la creatividad humana y su sueño de progreso, sino orientar esa energía con cauces nuevos» (*Laudato si'*, 191)» [18].

Este es precisamente el caso de la inteligencia artificial. Corresponde a cada uno hacer un buen uso de ella, y corresponde a la política crear las condiciones para que ese buen uso sea posible y fructífero.

Gracias.

Francisco

[1] *Mensaje para la 57 Jornada Mundial de la Paz* (1 enero 2024), 1.

[2] Cf. *ibíd.*

[3] Cf. *ibíd.*, 2.

[4] Esta ambivalencia ya había sido advertida por el Papa san Pablo VI en su Discurso al personal del «Centro de Automación de Análisis Lingüísticos» del Aloisiano de Gallarate (19 junio 1964).

[5] Cf. A. Gehlen, *L'uomo. La sua natura e il suo posto nel mondo*, Milán 1983, 43.

[6] Carta enc. *Laudato si' sobre el cuidado de la casa común* (24 mayo 2015), 102-114.

[7] Cf. *Mensaje para la 57 Jornada Mundial de la Paz* (1 enero 2024), 3.

[8] Las ideas de Marshall McLuhan y John M. Culkin son particularmente relevantes para comprender las consecuencias del uso de la inteligencia artificial.

[9] Cf. *Discurso a los participantes en la Plenaria de la Pontificia Academia para la Vida* (28 febrero 2020).

[10] Cf. *Mensaje para la 57 Jornada Mundial de la Paz* (1 enero 2024), 4.

[11] Cf. *ibíd.*, 3 y 7.

[12] Cf. Dicasterio para la Doctrina de la Fe, *Declaración Dignitas infinita sobre la dignidad humana* (2 abril 2024).

[13] Cf. *Discurso a los participantes en la Plenaria de la Pontificia Academia para la Vida* (28 febrero 2020).

[14] Cf. *Discurso a los participantes en el Congreso «Promoting Digital Child Dignity – From Concept to Action»* (14 noviembre 2019); *Discurso a los participantes en la Plenaria de la Pontificia Academia para la Vida* (28 febrero 2020).

[15] Para una exposición más amplia, remito a mi Carta encíclica *Laudato si' sobre el cuidado de la casa común* (24 mayo 2015).

[16] Carta enc. *Fratelli tutti* sobre la fraternidad y la amistad social (3 octubre 2020), 176.

[17] *Ibíd.*, 178.

[18] *Ibíd.*, 179.

